REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIII San José, Costa Rica **1937** Sábado 2 de enero Num. 1

Año XVIII — No. 785

SUMARIO

No existe riqueza comparable con la sabiduría ni cabe mejor piedra de toque para conocer a un hombre, que el probar la cultura de su espíritu. ¿Qué gloria puede comprarse a la que procuran el estudio y el conocimiento?

Saber es poder

Un episodio de la vida de Harum-Al-Rashid

Por ALBERTO NIN FRIAS

= *Envío del autor.* Santa Fe. República Argentina =

A J. García Monge, su amigo que le recuerda a lo largo de treinta años de amistad ininterrumpida.

De esa suerte reflexionaba Harun-Al-Rashid, el poderoso jefe de los creyentes, mientras sentado en una de las salientes de la venta na de su alcoba, tendía la vista fuera del recinto de su regio alcázar, que resplandecía soberbio al sol poniente, realzándose con ello los infinitos matices de sus azulejos. Escudriñaba la maravillosa Bagdad, capital de su Califato y, ella le parecía hermosísima con sus centenares de minaretes, torres, cúpulas que sobresalían sobre la humilde negrura del caserío. Bagdad obedecía ciegamente al Califa generoso, instruido y elocuente; le reconocía como su soberano porque sabía ejercer el poder con magnanimidad. Harún constituía el genio de la celebérrima ciudad, la cual por su cordura, por su sagacidad y presencia de ánimo, dilataba anchurosamente su fama por el mundo de aquel entonces. El palacio califal—que abarcaba hectárea sobre hectárea—era, malgrado su ampulosa extensión, una especie de cárcel, pues estaba aquél cercado de espesos muros. En su interior cabía cuanto pudiera concebir como bello la mente humana. Había en él patios numerosísimos con pisos de mármoles multicolores; estanques recubiertos de azulejos de los más varios dibujos; galerías sostenidas por columnas tan esbeltas que antes que construídas por manos de un escultor semejaban enredaderas de piedra. Las estancias del recinto palaciego sumaban millares, a cual más hermosas; exquisitos tapices cubrían las paredes de las mismas. De trecho en trecho se hallaban surtidores de agua artísticamente dispuestos entre céspedes, plantas y flores a objeto de mantener viva la frescura del ambiente. Aves de todas las especies, palomas, faisanes y pavos reales, se paseaban libremente por los espacios libres de los jardines y de los cortiles.

Este magnífico despliegue de lujo por un lado, y la perpetua consejeros y los cortesanos por adulación que le tributaban los otra, no habían logrado jamás satisfacer las secretas ansias del corazón sencillo y fuerte del Califa. Así amaba él retirarse a menudo a su real cámara, fingir que dormía y luego huír de palacio sólo o con algún esclavo, amigo o consejero de su predilección, por uno de los tántos pazadisos secretos y ganar a toda prisa las callejuelas de la ciudad, santa y única. Se disfrazaba Harun a fin de no ser reconocido y, de esa suerte observaba con sus propios ojos lo que el pueblo hacía y pensaba. Era ésta una costumbre muy suya y que siempre le reservaba alguna sorpresa agradable e inesperada. Y bien necesitaba de este estímulo quien como éste déspota esclarecido, nunca encontraba resistencia al más insignificante de sus deseos.



La princesa Palizada

(En las *Mil y Una Noches*)

Madera de *Emilia Prieto*

Acontecióle un día el vagar solo por las interminables callejuelas de Bagdad y, a fin de que su extraña aventura fuera todo lo más acabada posible, vistióse él de mendigo. De esta suerte se paseó por los barrios peor frecuentados de su dominio. La fatalidad, única soberana del mundo, según las máximas de Mahoma, quiso que fuera a parar Harun, sin darse cuenta de ello, a una taberna, tenebroso escondrijo de una fiera banda de ladrones. Prestaba él preferente atención a cuanto aquellos discurrían, cuando uno de los fascinerosos le increpó de improviso de ser un espía. Acto continuo el bandidaje le cayó encima y le molieron a palos hasta dejarlo sin sentido. Luego, dándole por muerto, lo arrojaron a la vía pública. Como el soberano no había juzgado a nadie con injusta dureza en el curso de su vida, encontró como compensación, quien le tendiera la mano en este apurado trance. Atinó a pasar por estos apartados lugares un estudiante mozo—Abul-Alá—y tropezó con el cuerpo magullado y doliente del Califa. Como Abul era tierno y bueno, tenía el corazón abierto afablemente a las necesidades del prójimo: echóse el herido al hombro, llevóselo a su hogar y le bañó las heridas con agua fresca. Cuando Harun volvió en sí, grandísima fué su sorpresa al contemplar a su menesteroso salvador, tra-

jeado de harapos, así como la visión de la destartelada habitación que lo cobijaba.

—¿Por qué te has molestado tanto en socorrer tan bondadosamente a un desdichado mendigo? Tan pobre soy que ni siquiera puedo soñar en recompensar tu misericordioso gesto.

—Al punto me dí cuenta cabal de que tú eras tan pobre como yo—alegó el estudiante,— más me sentí misteriosamente atraído por tu rostro fino e inteligente, y ahora que te oigo platicar, aumenta en mí ese atracción, porque tengo la certeza de que tú eres como yo, un hombre educado. ¿Quieres tú ser mi amigo y el que convengamos en ayudarnos mutuamente? Pon tu confianza en mí, prosiguió Abul con ademán sincero y conmovido acento: yo tengo amplio conocimiento de lo que es el mundo, porque he invertido cuanto poseía en adquirir conocimientos.

"Si dos hombres pobres, pero de corazón intrépido y leal, se comprometen a secundarse el uno al otro, pueden lograr mayores bienes para sí que si ambos fueran ricos.

"De cualquier modo que fuera, si he conseguido el volverte mi amigo, me daré por bien servido y estimaré haber sido ampliamente compensado por el servicio que te he prestado.

Si el mancebo que colocaba el saber y la bondad por encima de todos los interesese del mundo, hubiere sabido que en ese preciso instante conversaba con el incomparable Harun-Al-Rashid, cuya brillante nombradía se extendía hasta la mismísima corte de Carlo Magno, el Emperador de los Francos, no hubiese podido pronunciar palabras más a propósito para conquistar para él todo el cariño y el aprecio de aquel poderoso príncipe.

El Califa, como todo hombre de elevado entendimiento, aspiraba por sobre todas las cosas, a saberse querido por sí mismo y no por motivos interesados.

Hondamente conmovido, abrazó al sabio garzón y le contestó:

—Amigo mío: ¿Quieres cerrar conmigo el siguiente pacto? Yo procuraré cuanto esté a mi alcance por socorrerte en tus necesidades y tú harás otro tanto por mí.

—Lo que anhelo en este instante es algo así como querer tocar la luna con la palma de la mano—adujo Abul—. Tú no puedes satisfacer mi aspiración pues yo querría ser nombrado bibliotecario de alguna institución donde pudiera retirarme a estudiar a lo largo del resto de mis días y, vivir asimismo en la compañía de hombres estudiosos.

El Califa, a pesar de su seriedad y de la elevación de su alma, no pudo reprimir una sonrisa casi irónica al constatar cuán modesta era la ambición del apuesto y noble doncel. Pensaba él para sus adentros: qué cosa habría en sus dilatados dominios que pudiera rehusar al estudiante si él se la pidiera valido de la gratitud que experimentara hacia Abul. Y, continuando aun su soliloquio argumentaba para sí cuán fácil le sería el cumplir su parte en el trato que acababa de cerrar con su nuevo aliado. Mas, al propio tiempo, aguijoneaba su sentido humorístico al considerar la imposibilidad en la cual se hallaría el mozo de aquí en adelante para poderle prestar a él, el poderoso Califa, algún servicio señalado. Y, para probar aún más, si fuera posible, a su novel amigo, Harún agregó:

—Me temo que nada podré hacer por ti. ¡Ah sí! Espera: se me ocurre una idea. Creo podría conseguir que corrieras tus ojos por la famosa biblioteca del poderoso Califa Harun - Al - Rashid, que guarde el muy altísimo Alah por muchos años. Uno de mis primos, Aben-Sur, es uno de los amanuenses dilectos de nuestro amo y, yo le haré saber cómo te has conducido conmigo. Aún más: confío en que por su mediación podré procurar que tú seas invitado a cenar con el Grande y Unico.

"Los ágapes del Califa son fiestas inolvidables. Acaso tú puedas entonces arrodillarte ante nuestro Soberano y rogarle te conceda un empleo en su biblioteca.

Rióse de buen grado Abul de tan alocada y peregrina ocurrencia. Aprovechó entonces Harún para despedirse de su amigo.

Durante las horas que siguieron, Harún continuó deambulando por los bazares de la opulenta Bagdad. Eran éstos últimos, sitios encantados donde la imaginación más encendida podía hallar cuanto le apeteciera: desde la goma perfumada y espolvoreada con finísimo azúcar de Candia hasta el chal tejido con lana de Angora. Estos sitios hacían gala de mucho bullicio y algarabía, pues todo mercader pregonaba a gritos su mercancía. Algunas horas más tarde, cuando ya declinaba suavemente la luz solar, regresó Harún a casa de Abul y penetró en ella presuroso y alegre el ánimo.

—¡Oh tarde dichosa y bienvenida!, exclamó con júbilo. La paciencia tiene su encanto, sobre todo cuando es generoso el hombre que la practica, como dijera Scherazada. Ha sucedido algo inesperado. Al referirle yo a mi primo tu conducta y cuán parco te mostraste en pedir una recompensa adecuada a tu acción misericordiosa, marchó enseguida a contárselo a nuestro Príncipe Protector y, él, asombrado, ha pedido que se te conduzca a palacio para que cenes en su regia compañía.

—¿Cómo podríamos asistir con estos trajes agujereados y mancillados?—adujo Abul.

—No te preocupes tanto por nuestra indumentaria—replicó a su vez Harún. En estas prendas de vestir parecemos en realidad tan pobres como lo somos en verdad y, en ello llevamos una señalada ventaja: llamaremos así menos la atención de los pudientes.

Y, sin articular otra sílaba, Harún se encaminó a la corte con su amigo. Una vez allí, desapareció el falso mendigo. Tenía él que ataviarse como lo prescribía la minuciosa etiqueta de su elevado rango. Abul, entre tanto fué conducido a la sala del banquete y, se le colocó en el extremo inferior de la mesa entre los huéspedes humildes. Esa posición era la que más satisfacía a la natural modestia del joven que hasta ahora desconocía la envidia y la vanidad. Luego púsose a platicar con sus vecinos de mesa, aduladores de profesión, políticos en procura de canongías, o mercaderes acaudalados atraídos por el esplendor y el boato del Califato.

Un heraldo anunció la inminente llegada del Califa y, al instante apareció él, en persona, rodeado del Gran Visir y otros dignatarios del Califato.

El Califa presentaba una imponente figura cuajada de pedrerías de incalculable valor: perlas, diamantes, esmeraldas y rubíes cubrían literalmente el busto del descendiente del profeta y, fulgía de su rostro franco la serenidad de una estatua de mármol. Acompañó con su mirada la amplísima sala y, al enfrentarse con Abul, se dirigió al gran Visir como enfadado y díjole:

—¿Quién es ese atrevido mozo tan mal ataviado y de demacrada tez?

El visir no encontraba palabras oportunas, con qué responder a su augusto amo, porque a decir verdad, Abul le era completamente desconocido. Vacilaba él en hacer arrestar al supuesto intruso, cuando el Califa soltó un sonorísima carcajada.

—Colocad a ese sujeto a mi derecha, que yo ya arreglaré cuentas con él. Abul sentía el suelo crujir bajo sus plantas, pero Harún no le dió tiempo a que desfalleciera su ánimo por más tiempo: adelantándose le saludo con marcado afecto y díjole:

—Ya estarás enterado ahora de a quién salvaste la vida? Supongo que cambiarás de opinión respecto a ocupar tan sólo un modesto cargo en mi biblioteca cuando puedes optar por cualquier dignidad dentro de los ámbitos de mi dominio.

Abul, el cual por encima de todo apreciaba el estudio, sonrióse y ni siquiera imaginó el solicitar otro cargo que el que ya había anhelado, y, dió por toda respuesta:

—Recabo de Vuestra Serena Alteza tan sólo el cumplimiento de lo tratado; déjeme ella cuidar de sus colecciones de pergaminos y demás útiles del saber. Cuán feliz me sentiré yo en el tranquilo remanso donde se lee, piensa y estudia. Reitero mi solemne compromiso de ayudarle en un todo.

Luego que todos los comensales se tendieron sobre los divanes, se dió comienzo al banquete. Durante su desarrollo, Abul, que no estaba habituado a todas las minuciosas prescripciones del ceremonial palaciego, incurrió en una falta aparente contra todas las reglas de urbanidad, que molestó grandemente a su Señor y amigo: el estudiante cambió de repente el posillo de café destinado al Califa por el suyo propio. Harún se sintió entonces tan ofendido que hubo de reprimir con severidad acto tan descortés, más la susbstitución de los posillos había sido hecha tan sigilosamente, que tan sólo el Califa se dió cuenta de ello y, entonces pensó para sí que era más juicioso no abochornar en público a su devoto amigo.

Cabe observar aquí cómo las personas que ocupan elevadísimos cargos en el Estado se habitúan de tal modo a ser agasajadas con tan exagerado miramiento, que todo quebranto a aquellas reglas las irrita y las desconcierta. Ello era lo que ocurría en esos momentos al Califa.

No pudo este último olvidar lo que había acaecido la noche anterior y, al día siguiente se encaminó a la biblioteca del palacio. Allí experimentó el pesar de encontrar a su protegido en el acto de examinar a un can que acababa de existir.

—¿Cómo te atreves a traer a este recinto sagrado un animal impuro?— interpuso el Califa, ciego de ira. Y, asimismo debo preguntarte: ¿por qué trocaste los posillos de café anoche?

—Yo estoy cumpliendo en un todo con las condiciones del pacto—replicó Abul sin inmutarse—. Yo te estoy ayudando de la misma suerte que tú me ayudaste. Yo no bebí tu café; sólo fingí el hacerlo. Este can lo ha bebido y obsérvale con tus propios ojos.

—¡Envenenado!—gritó el Califa—. Sabes tú quien fué el que puso ese tósigo en el café?

De las indagaciones que en seguida se hicieron, fué averiguado que el culpable había sido el huésped sentado a la izquierda del anfitrión.

Se trataba de un emir que había sido otrora derrotado por las huestes del Califa y, su viaje a la corte había tenido como pretexto el conseguir un tratado favorable a sus pretensiones, pero en reali-

dad había sido su verdadero motivo el acechar la oportunidad de matar al Califa y lograr luego de su sucesor mayores ventajas para los fines que perseguía.

Unos días más tarde, cuando la conspiración había sido debidamente aclarada y ajusticiado el cabecilla de la misma, Harún volvió a conversar con Abul.

—Tuviste sobrada razón, amado amigo mío, en decirme cuando abandonado de todos me recogiste en tu casa, que un amigo leal y honrado, no obstante su pobreza, era una ayuda más certera y eficaz que la que se obtiene de aquellos supuestos amigos que viven en la opulencia. Jamás podré compensarte, en la medida de tus merecimientos, porque tus necesidades son harto fáciles de satisfacer y, tan moderados se formulan tus deseos que ya nada puedo hacer por tí. Te lo asevero de lo más profundo de mi corazón, que mientras viva te querré con el mismo desinteresado amor que tú me profesaste desde el primer momento que me hallaste en tu camino.

———

En abordar a un extranjero que a tu paso encuentras, nunca seas el primero en rechazar su deferente saludo o su invitación a la amistad, porque muy bien puede ser él, un enviado del misterioso destino para cambiar favorablemente el curso de tus días.

40°. sobre cero

Por YOLANDA OREAMUNO

= *Colaboración*. Costa Rica y enero del 37 =

(*En Panamá*)

La inspiración, (yo la llamo deseo de escribir), es una situación de adentro para afuera, que le viene a uno por una necesidad de exteriorizarse, ¿o es una situación impuesta por el paisaje, un proceso del ambiente?

Hay ciertas cosas tan forzosamente evocadoras, que tocan tan quedito en el interior de uno, con tanta discreción! He pensado si estas cosas tan maravillosamente delicadas y lindas son capaces de sacar afuera por un brusco empujón, el espíritu que se siente dormido, atontado en este calor tan aplanador. Es como una mano sudosa encima de la boca, se la quiere uno quitar, está tan horrorosamente tibia!, se la debe quitar, se siente tan asquerosa, tan sucia, tan pulposa la mano del calor encima de uno. Pero queda esa humedad tibia, ese sentimiento de miel encima de la piel que da la sal del mar. Es como un sello, como un lacre encima de las cosas, de los techos, de la gente. Todos se vuelven caracoles en esta atmósfera pesada, indecente. Cada uno camina con su casa a la espalda, la casa de su encerramiento interior, de su pereza de comunicarse, de su lentitud. Las piernas quisieran moverse más aprisa. Mis piernas tan acostumbradas al ejercicio, exigen movimiento, pero esta tibieza en las rodillas, este sentirse uno acostado constantemente. Acostado en una cosa caliente.

Esta Calle Central da una impresión de movimiento, pero de movimiento descendiente, de cositas pegadas a la tierra. La gente aceitosa no asciende en febrilidad de acción, se arrastra sobre la calle. Los carros parecen más planos, más achatados. La tierra caliente chupa, chupa la vitalidad, disuelve la gente en un líquido espeso, es eso de estar untados unos con otros, mojados todos en este líquido tibio a las doce del día. Por eso la panameña se viste de colorines. Hay la necesidad de borrar con una barrera de color, esta igualdad de pieles, igualdad de suciedades. El blanco quiere parecer tan limpio, el rojo se ve tanto, el morado cuesta más caro. Hay que poner colorido en esto. Da la impresión de una gelatina de frutas, de esas gelatinas que hacen en las casas de familia los días domingo, un montón de colores molidos por el aglutinamiento de esa masa uniforme en movimiento, no movimiento independiente, movimiento incierto, cada pedacito de gelatina quiere ser uno, pero está pegado, pegado con el otro y se mueven en un constante deseo de independecia que aborta en un temblor.

Y los negros son los únicos que no naufragan en este mar de chocolate. Su piel tiene ya el colorido, se pone tan brillante y tan bonita! Parecen muebles nuevecitos acabados de charolar, goteando sudor por todos los poros. En un clima frío, un negro es un pedir misericordia andando por la calle. En este calor son la justificación. Aquí hace calor para que ellos se vean bonitos, sedosos, aterciopelados.

La carreta bosteza sobre el polvo y parece un puente de goma entre dos azules, el azul del mar y el azul del cielo. Se me hace un tanto larga. Es aquello del camino desconocido, duro, ingrato. Quisiera poner atención a lo que hay a los lados, pero no puedo. Tendría que volver a ver, tendría que hacer un juego de músculos, tendría que esperar el golpe del viento que me despeine por otro lado. Casi no tengo voluntad de pensar toda la cantidad de cosas imperceptibles que hay que hacer para volver la cabeza. Seguramente no estoy muy cómoda, pero estoy quieta.

Y como no puedo moverme, prefiero adivinar lo que pasa por los lados. Con un poco de bizquear los ojos y un más de imaginación puedo darme cuenta. Es una masa verde que se mueve. ¿Se mueve? Resbala suavemente manteniendo un calderón de inercia en el centro y cambiando lentamente de perfiles. Es como una cinta mal cortada. Son las siluetas de los árboles que la velocidad del automóvil une las unas a las otras, parece que se estiran, que se encogen, que se retuercen. Pero no se cortan, ya casi creo que se va a terminar esta pantalla verde; que de repente, algo, una construcción, una bifurcación del camino, la clemencia de alguna persona me ha de librar de esta visión serpentina y necia que ya no sé si veo, si siento o si la llevo pegada a la retina.

No es la cinta misma la que ha hecho variar mi paisaje, es la velocidad del automóvil que disminuye y la serpiente deja de ser serpiente, es ya un árbol, dos árboles, una huerta, una roca, hasta debe de ser aquel un mango. El magnetismo de la visión disminuye sobre mí, creo que he vuelto la cabeza.

Ahora paramos. O mejor dicho ante nosotros se ha parado una magnífica construcción en pedazos. Se me ha plantado enfrente con exigencias; como la proximidad no me deja verla toda, me obliga a bajar. Es toda grande, digna, señorial, esta torre de iglesia. Las piedras guindando unas de otras, subiéndose la grande por la espalda de la chiquita, jadeando reptan hasta arriba. Hasta alcanzar el árbol que crece para alcanzar la torre. O hasta la torre que se yergue y se mantiene por no dejarse dominar del árbol. No sabríamos cuántos metros de alto tiene ni me importa, lo que me interesa es que se ve magníficamente linda e inquietante. Da un espantoso miedo de que se caiga, vive en una sensación de peligro que pone el alma en equilibrios de admiración.

No puedo resistir la tentación de entrar. Quiero sentir la frescura, la tranquilidad de estas piedras y probar su poder de evocación. Ya casi le iba a abrir la esclusa a mi imaginación y ya iba a soñar abadesas y monjes y novicias cuando he pensado que todo esto exigiría pensar este convento con todas las paredes que le faltan. Allí donde hay un cortinaje y allá donde el árbol aquel se ha metido en la piedra como un cáncer y entretejido sus raíces como un encaje, no tendría que existir nada, sólo cuadros y confesionarios y tal vez un altar dorado con acurrucados monaguillos, para que yo pudiera colocar abadesas, monjes y novicias. Porque las torneras no podrían vivir donde no hubiera puertas cerradas y los sacerdotes no tendrían razón de ser sin un altar. He preferido por eso dejar todo como está. Nunca esta torre pintada, nueva, fresquecita podría ser tan linda como ahora, rota, sucia, deshilachada. Ninguna novicia pálida podrá ser tan linda como ese trozo de mar que se dibuja entre esa grieta, ni ningún órgano podrá tocar nunca tan lindo como las olas en esta tarde entre las rocas.

He sentido una sensación de triunfo en la garganta, no sé por qué localizaré la sensación de triunfo en la garganta, pero allí es donde la he sentido. El triunfo del paisaje sobre la imaginación. Es mejor, más pura la realidad como yo la veo que como la puede pervertir mi cerebro. Siempre hay algo de enfermizo en desvirtuar la realidad. Por qué he de querer mi belleza, la que yo creo, sobre esta belleza que me impone esta torre, esta torre que si puede ser una señora con enagua de crinolina y zapatos de raso, es mejor una simple torre en pedazos, contra un mar azul y que se sostiene con el báculo de un árbol tan viejo como ella, pero tan verde y lindo como el gris rosado de la piedra. Es indudablemente muy sutil esta armonía de colorido, verde, azul, violeta, rosado...

René Jiménez Malaret

Por ISABEL CUCHI COLL

= *Envío de la autora.* Santurce, Puerto Rico, 23-X,-36 =

René Jiménez Malaret es nuestro último bohemio. Después de una ausencia prolongada, nos llegó un día a nuestras playas, hará de este unos tres años aproximadamente. Es él nuestro último bohemio. Habrá más; quizás lleguen otros, pero ninguno más original. Equivocó su cuna, y más tarde, su ambiente.

A juzgar por su físico se le atribuiría nacionalidad rusa, y para elaborar sus sentimientos, su carácter, sus gustos, y sus inclinaciones, se confabularon varios países; cada uno envió representantes: a la cita que tuvo lugar a la caída de la tarde en un café de Montmartre au-bas de la capital francesa, acudieron Nietszche y Schopenhauer, Murger, Enrique Heine, Verlaine, Gustavo Adolfo Bécquer y llegó, aunque al final, Ortega y Gasset. (Curiosa y coincidencial mezcla de cerebros y de épocas).

Producto híbrido de esta reunión de hombres célebres, es "nuestro último bohemio". Estos, y otros más de su género le sirvieron de catedráticos y le donaron los mejores créditos universitarios que posee. Algunos con sus teorías pesadas, pesimistas y en cierto modo erróneas, han realizado una labor hondamente perjudicial.

A este humor de razas y de espíritus y a doce años de frecuentes visitas al Greenwich Village de la ciudad de Nueva York, se debe la formación del escritor bohemio. El constante contacto con artistas que emigraban de todas partes del mundo, y que lo eran de ley, hiciéronle descubrirse a sí mismo, y al analizar su "yo" interior se encontró frente al Poeta... y se supo dueño del alma grande del poeta verdadero.

Escribió todo género de literatura por necesidad involuntaria y para estímulo propio, porque aunque nunca hubiese escrito una poesía y aunque jamás hubiese realizado labor intelectual alguna, sus versos y sus artículos no tuviesen ningún valor, en René Jiménez Malaret hubiera prevalecido siempre el Poeta que llevaba dentro, para regir el desarrollo pleno de todos los actos de su vida.

Las personas que se han complacido sin conocerle, sin tratarlo a fondo y sin ahondar en su alma, en censurarle, sus enemigos gratuitos, los que sólo superficialmente le conocen, afirman que todos sus fracasos se deben a su bohemia incierta e indefinida. La verdad es que su bohemia se debe a los fracasos de una existencia afectiva.

Entre lo que como escritor ha laborado, cuenta ya con una extensa producción consistente en un libro de versos bajo el título de *Estados del Alma*, editado en la Tipografía San Juan, en el año 1932, con un prólogo de Dmitri Ivanovitch, una colección de ensayos de tendencias filosóficas, artículos políticos y literarios, crónicas sobre temas diversos, y cuentos imaginativos unos, pero inspirados los más en experiencias personales del autor.

Casi toda esta producción literaria está diseminada en periódicos y revistas hispanas. Ocurre con muchos de nuestros poetas y escritores que la mayor parte de su obra está perdida entre prensa local y extranjera. La han dejado extraviarse inédita por apatía, o por falta de recursos para recopilarla en libros.

De Jiménez Malaret he leído infinidad de trabajos publicados por la *Revista Blanca* que durante muchos años se editó en la ciudad de Mayaguez y que ya no circula: en *El Nuevo Mundo* que se editaba en Nueva York y otros periódicos y revistas locales.

De entre sus crónicas extrajo: *Conceptos*, *El Ultimo Bohemio* y *La Bohemia*, más algunos artículos políticos y algunos de los ensayos que integraban su libro para una próxima publicación: *Las Meditaciones de un Misántropo*, porque podrían señalarse como lo mejor de su prosa.

El Ultimo Bohemio, es según Jiménez Malaret, el poeta español Emilio Carrere. refiriéndose al mismo, nuestro escritor se duele del triunfo material sobre el espiritual acaecido en Carrere y piensa de éste que hoy que se encuentra enriquecido por un cambio afortunado del azar, no podía producir otra "Musa del arroyo"...

La Bohemia es un extenso artículo; es la Bohemia tal cual él la siente y comprende, resultando éste, uno de sus trabajos más logrados y en el que pone más de relieve, la fantasía y el espíritu elevado del poeta bohemio.

Sus artículos políticos merecen especial mención por su construcción externa, por la justeza y claridad de sus expresiones y su ideología patriótica.

Después... sus cuentos, muchos de cuyas páginas han sido por él vividas en la cuidad de Nueva York donde pasó una larga temporada. La ciudad de acero que vista a través del temperamento artístico de nuestro compatriota ofrece mil aspectos varios de vida que muchos visitantes, y lo que es más, de sus habitantes, desconocen. La gran ciudad que para tantos es enorme factoría, destructora de la juventud física y espiritual que tantas víctimas mecaniza, porque circunstancias económicas les hizo ir allá a formarse, en ésta misma ciudad, buscó, encontró, y palpó Malaret con afanosa inquietud, otra ciudad dentro de la ciudad grande; una ciudad de risas y de lágrimas, de dolores y de alegrías, no motivadas por placeres materiales ni cansancios físicos, sino producto de espíritus privilegiados por armoniosa combinación de psíquicas delicadezas.

A este contacto formóse nuestro "último bohemio" proporcionándole el ambiente un cúmulo de interesantes experiencias que luego vertió en cuartillas de papel, envueltas en ropaje literario, la mayor parte de las cuales, como antes dije, permanecen inéditas.

Las *Meditaciones de un Misántropo*, es una recopilación de diez ensayos valientes, todos de distintos temas, donde nos muestra el autor de los mismos, sus ideas, sus convicciones, su amplio criterio sobre las cosas del mundo que habitamos y del que no habitamos.

Entre estos diez ensayos, se distinguen *La moral a través de los tiempos*, *Feminismo* y *Apología del Ocio*, porque en éstos se trasluce sobre los otros la propia personalidad de quien los escribe.

En *La moral a través de los tiempos* René Jiménez Malaret expone sus teorías sobre la moral individual y colectiva, las relaciones que entre una y otra existen, y los beneficios que a la humanidad reporta el llevar a cabo sus preceptos.

Feminismo es una total protesta contra la hembra que quiere masculinizarse; contra todo movimiento feminista siempre y cuando que se entienda por feminismo la doctrina que proclama la igualdad entre el hombre y la mujer. Conceptúa falsa esta afirmación, diciendo: "La mujer no es igual al hombre por razones de orden estético, por razones de orden moral, por razones de orden físico, por razones de temperamento y por razones de orden intelectual". Explica Jiménez Malaret que esta desigualdad entre ambos sexos no es en modo alguno inferioridad por parte de ninguno, sino desigualdad orgánica y presenta con interesantes citaciones y razones personales su criterio sobre el tan manoseado tema por tantos pro y antifeministas.

Cito en último término *La Apología del Ocio* que es de todos el más logrado. Es una verdadera apología del ocio, el ocio saludable, eficaz, necesario. Es, en síntesis, una extensa aclaración sobre la distancia que media entre el aburrimiento y el ocio, el embrutecimiento y el cansancio físico y moral que puede traer lo primero y nunca lo segundo. La pobreza espiritual de los que sin hacer nada, están siempre cansados; los que entienden por esto "matar el tiempo", e ignoran qué útil y agradable es para los que ya nacieron esclavos de una constante actividad mental, una dosis de bien proporcionado ocio....

Huelga, pues, el axioma de que "la ociosidad es la madre de todos los vicios"....

Y toca su turno al poeta. Posee dos libros *La palabra al viento*, (versos) y *El Amor en Sombras* (versos), inéditos ambos, que constan de 68 composiciones el primero y de 93 el segundo, los que hacen entre todos unos doscientos poemas entre los que recogen estos dos tomos y los últimos escritos. En casi toda su obra y principalmente en su poesía que caracteriza una franca y noble sinceridad, sobresale la nota triste, escéptica, decepcionada y rebelde contra todas las ilusiones que alimentan la existencia de los seres humanos.

Nótase constantemente una marcada influencia de sus lecturas en las que algunos autores han dejado huellas experimentales, como la sentimental melancolía de los versos de Edgar Allan Poe, y las doctrinas filosóficas de Federico Nietzche. Así nos lo confiesa el propio Jiménez Malaret en una estrofa de su "Escepticismo":

Discípulo le Nietzche con firmeza
huyendo de la necia burguesía
me refugié sereno, en la nobleza
de mi lúgubre y cruel melancolía.

En sus versos, a veces encontramos imperfecciones rítmicas. No hay en ellos depuración de estilo pero sí de gusto; no hay sutileza literaria; no es poesía colectiva; porque no es efectivista; es poesía absolutamente personal, impregnada casi toda ella de un sentimentalismo becqueriano; se perfilan en sus construcciones ribetes modernistas, pero ultraístas, ni se vislumbran. Pero lo que se destaca con más fuerza por encima de todo es la idea que llevó el artista en la inspiración de cada una de sus composiciones, idea que nos produce al ofrecérnosla ya cuajada en floraciones líricas una emoción intensa de

amargura que llega quizás a preocuparnos momentáneamente, que nos hace penar, en una pena dulce, tranquila, romántica, una casi invitación al placer de sufrir...

Prefiero entre sus versos a *La novia del poeta*, porque encarna en bella forma lírica ese amor etéreo que todos anhelamos sin que llegue nunca a dejar de ser tan sólo un ideal, y su *Plegaria* que es un ruego por todos los deseos de su espíritu ansioso y no satisfecho, y su *Poema al hijo que no llega* en el que vierte el poeta todo su caudal de emoción interna, ofreciéndonos en estas rimas la inmensa delicadeza que anida en su íntimo sentir al imaginarse reproducido en la mujer amada:

Ven, acércate Melva, y hablemos quedamente
bajo esta enredadera y este cielo otoñal,
del hijo que en tus ojos se duerme dulce-
(mente
sin conocer lo amargo de la vida real.

Tú y yo que hemos sufrido las burlas del
(destino
porque hubimos libado de una copa fatal,
soñemos nuestro hijo al borde del camino
que vive como un sueño de amor primaveral.

El es fruto maduro de nuestro amor bendito
tejido al suave arrullo de un inmenso cariño.
La rosa de tus labios con dulzor infinito
sueña para cantarle una canción de armiño.

Todos han de reír de nuestro fruto tierno
porque todos desconocen lo grande del amor
que en nuestras almas crece como un ensueño
(eterno
que se ha cristalizado por medio del dolor.

Tú arrullas nuestro hijo en mi vida doliente
y yo en tu ser lo cuido con celo paternal,
mientras él nos contempla sereno y sonriente
ajeno a las amargas tentaciones del mal.

Por ese hijo nuestro que los dos deseamos
como un sueño sublime, alado, inmaterial,
seré para ti bueno como el niño que amamos
y a ti te hará más pura el ansia maternal.

El desconocerá las mentiras del mundo
y portará en sus manos la flor de la virtud;
se amparará en tus brazos con cariño pro-
(fundo
y no sabrá lo acerbo de mi eterna inquietud.

La gente, al escucharte hablar de nuestro hijo,
acaso hagan el gesto de una interrogación
sin saber que en tu alma el cielo lo bendijo
y que Dios lo adormece en tu buen corazón.

Nuestro hijo querido que palpita en tus venas,
que sabe de alegrías y de sueños de hadas,
tiene como tus carnes blancura de azucenas
y para él son todas las rutas ignoradas.

Nuestro hijo está en tus ojos, tu espíritu lo
(lleva
por todas las regiones en divino ideal:
déjalo que en tu psiquis suavemente se mueva
con un temblor pausado de estrella vesperal.

Y que se quede quieto, sereno, luminoso...
Y que Dios lo bendiga con un trozo de luz,
porque así nuestro hijo ha de ser más hermoso
y no conocerá ni la hiel, ni la cruz.

Más que el hombre que crea arte o belleza en el verso es "nuestro último bohemio", el hombre que pasa por el mundo poetizando la realidad doliente de su vida...

Poemas

= Selección y envío de *Isabel Cuchí Coll*. Santurce. Puerto Rico =

La novia del poeta

Acércate poeta y cuéntanos la historia
de esos versos dolientes que a veces nos recitas,
mientras tiemblan tus labios y sueñan con la gloria
tus ojos, que humedecen lágrimas infinitas.
¿Quién fué la novia esa
que ennegreció tu vida y te anuló en el sueño?,
para aprender a odiarla queremos conocerla.
Las copas de champaña burbujeaban de ensueño,
la luz en el salón era amable y discreta....
Y así le dije al grupo de amigos, muy henchida
de sombras y ternuras mi triste voz bohemia:
Amigos generosos, no me habléis así de ella
que es dulce y compasiva
como la luz ingenua de una plateada estrella.
No vive nuestra vida, no sueña nuestros sueños,
no ve nuestros delirios la novia del poeta.
Siempre la presentimos en la luz del ensueño
pero nunca se acerca
a enjugar nuestras lágrimas y a mitigar las penas,
porque esa novia pálida, soñada en lo infinito,
romántica y lejana, dulce, piadosa y buena
vive sólo en la fiebre de nuestra mente loca
y en la región quimérica del sueño y de la idea.

Plegaria

Por la acerba tristeza de mi vida doliente,
y el cerco de espinas que corona mi frente;
por las ilusiones que entre sombras murieron,
y por todos los sueños que se desvanecieron;
por la mujer que amo sin que jamás sea mía,
y la sutil fragancia de su melancolía;
por lo que nunca mis fuerzas pudieron realizar,
y por todas las cosas que no he de terminar;
por la dulce nostalgia de una pena secreta,
y la amargura diáfana de haber sido poeta;
por las luchas inciertas de la vida diaria,
hasta el cielo yo elevo, Señor, una plegaria.

Por el santo poema de la naturaleza,
y por todo el prestigio que encarna la belleza;
por las alas doradas que viste la ilusión,
y la música triste que vierte el corazón;
por los que tienen sueños y no pueden volar,
por la mujer que amamos sin que nos pueda amar;
por la quimera rota y la ilusión herida
y la muerte que acecha para tronchar la vida;
por el pasado amargo y el porvenir oscuro
y las densas tinieblas que envuelven el futuro;
por todas las lágrimas que vierten nuestros ojos
y todas las espinas y todos los abrojos;
por los que torturaron mi alma visionaria
hasta el cielo yo elevo, Señor, una plegaria.

Por la plácida y dulce beatitud de las cosas,
por las almas perversas y las almas piadosas;
por los seres sublimes que no saben odiar
y por todos los versos que no pude rimar;
por las sendas ignotas que hollarán nuestros pies,
por lo que ya he vivido y viviré después;
por lo dulce y lo amargo; por lo alegre y lo triste;
por todo lo que ha muerto y todo lo que existe;
por que encuentre reposo mi vida tumultuaria
hasta el cielo yo elevo, Señor, una plegaria.

Vida

¿Qué serás tú, Vida? ¿Qué soplo divino
enciende la llama de nuestro existir?
¿Cuál será el misterio? ¿Qué ignoto destino
aguarda a las almas después de morir?

No lo sabe nadie. Sé que partiremos
cuando más ansiamos del placer de gozar,
pero dime, Vida, ¿nos encontraremos?
¡El misterio nadie lo ha de descifrar!

Por todas las rutas hemos ido juntos
gozando y sufriendo: reír y llorar;
hay tantos amores que yacen difuntos
y tantos amores que están por llegar!

El día que llegue el fatal instante
de emprender la marcha para no volver,
no prolongues, Vida, la hora delirante
que en el separarnos solemos tener.

En la hora suprema no me digas nada,
y que no haya lágrimas, tampoco dolor,
pues quizás un día de bella alborada
ambos nos crucemos en la senda ansiada
que siempre soñamos, de un mundo mejor.

René Jiménez Malaret



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones.

Métodos imposibles

Por *JOAQUIN QUIJANO MANTILLA*

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Desde que un Prof. alemán dijo que los micos eran los mejores pedagogos, y que la mayoría de los animales tenían métodos de pedagogía superiores a los de los hombres, yo me creí con derecho a escribir también sobre estos asuntos, que hasta hace muy poco tiempo eran de dominio absoluto de ciertas personas exclusivamente educadas para eso. La vida va enseñando que la pedagogía es apenas una rama de la experiencia. En Alemania, en donde a diario se ven misiones pedagógicas que vienen de todos los puntos de la tierra, a observar los sistemas de educación, es inmenso el número de maestros y de profesores que viven indagando y haciendo experiencias de los métodos adoptados en otros pueblos para la educación.

Visitando una de esas escuelas experimentales no hace muchos días, pensaba yo en una oscura maestra del camino entre Ibagué y San Miguel de Perdomo, a quien le oí un día en que iba a lomo de una mula por el viejo camino de herradura, una clase que les dictaba a los muchachos, a tiempo que hacía el comentario del texto de higiene que le enviaban de Bogotá.

—Esto no es para nosotros, les decía, pero deben aprenderlo de memoria para el día en que venga el inspector escolar. Nosotros no tenemos acueductos para tener el cuidado que dice el texto. No tenemos vidrios en nuestras casas, ni hay desagües, ni existen alimentos que se guarden de un día para otro. Nadie puede saber cuándo le va a dar un dolor de muelas porque ningún dentista los examina, y la única medicina que tenemos para ese mal son las pinzas del herrero del Puente del Combeima. Nuestro enemigo es el gusano. El gusano se entra por los pies y por las manos si cogemos la tierra. Bueno, repitan todos:

—¿Cuál es nuestro peor enemigo?

—Eeeeel gusaaaaaano!...

—Y cuál es nuestro segundo enemigo?

—Eeeeel mosquiiiiiito".

Aquella maestra humilde se reía de todos los textos de enseñanza que le llegaban de Bogotá porque a ella la experiencia le había enseñado otro cosa.

Como también a una maestra de una escuela cerca de Bojacá, en una carretera que conduce a Bogota, que les decía a los niños:

—Ustedes no crean que las nuevas iglesias que hay en la capital sean las mejores de todas. La de Bojacá fué de techos dorados hará trescientos años y sus altares fueron tallados por hombres que no pensaban en ganar dinero, sino en la mayor gloria de Dios. Apréndanse de memoria los nombres de los jefes Faraones que iban persiguiendo a Moisés en su paso del Mar Rojo, pero es para que digan la lección cuando venga el señor cura a los exámenes. Lo interesante para todos ustedes, es que sepan cómo se siembran las papas, el trigo, el maíz y las coles. También cómo han de atravesar la carrilera y el camino cuando vean venir un automóvil.

En estos pequeños detalles veía yo la inconformidad de los maestros colombianos con los métodos de enseñanza y con los textos que muchas veces por favorecer a un escritor más o menos intrigante les envían de Bogotá.

En los países tropicales la escuela al aire libre es uno de los más serios problemas que debe estudiarse. Acaso en la Sabana de Bogotá se pudiera intentar su aplicación, pero en determinados días del año. En las tierras calientes se puede poner en donde juegan los niños con las...., pero siempre que los lugares en donde se hagan las clases estén protegidos por alambre de malla. El más cruel de todos los martirios es el jején, y los niños no pueden poner atención si están a todas horas espantando los moscos y quitándose las garrapatas.

Los prados verdes que en Europa nos atraen, son en Colombia los semilleros de la anemia tropical. Lo son los lagos en arenas de la playa y las gramíneas, que aquí son lecho mullido y refrescante, en nuestros climas se convierten en asilo de garrapatas, hormigas arrieras, y una que otra vez, de animales peligrosos.

Todo lo nuestro es distinto. En nada se puede comparar el sistema de vida europeo con el de nuestros trópicos.

De ahí la fortaleza de nuestra raza tan calumniada. Somos hechos para las privaciones, estamos vacunados desde que nacemos por todos los insectos, y nos levantamos en medio de una naturaleza que jamás es amiga nuestra en ninguna de sus manifestaciones.

Pero necesitamos echar a un lado los procedimientos europeos para hacer los nuestros. Un profesor europeo es siempre un fracaso en Colombia, en todas las materias que se rozan con las cuestiones tropicales.

Pueden ir hombres sapientísimos y deben estudiar primero lo que nosotros sabemos de sobra para poder enseñar una cosa que allá se sabe mejor.

Quizá a la única parte que nuestro gobierno pudiera mandar jóvenes a estudiar con provecho, sería a las escuelas de la Isla de Trinidad. El instituto de agricultura de Trinidad es de los mejores del mundo, y allí no hay profesorado que no sea puramente tropical.

Alemania trajo de México sus profesores para la enseñanza de ciertos cultivos como el maíz que hoy es una de las grandes preocupaciones del gobierno del Fuehrer. De 1931 a hoy, el pueblo alemán ha intensificado de tal manera este cultivo, que de dos millones setecientas mil toneladas de maíz que importaba entonces este país, hoy no necesita importar sino trescientas cuarenta mil toneladas, porque el resto se produce en Alemania. Y fueron profesores del trópico los encargados de enseñar a los campesinos el cultivo.

De ahí que la divisa de las escuelas rurales de la mayor parte de las provincias alemanas sea esta:

"Cada escuela campestre tiene que atender a la educación campestre, y desprenderse de todo tutelaje urbano".

Y en cada provincia hay distintos métodos de enseñanza, de acuerdo con las tradiciones y con la filosofía experimental.

En Colombia hemos tenido ya ensayos de buena voluntad, pero siempre hemos fracasado, porque nos alejamos de la realidad. No muy lejos de La Concepción, En García Rovira, hay una tribu de indios tunebos que suelen llegar a los Llanos por el viejo camino de los Wilches. Ellos cultivan la alfalfa y tienen sus ganados en establos. Es lo único que no se ha perdido de la grandiosa obra del gobierno liberal del Estado de Santander en 1883, cuando llevó la misión belga para el cultivo de la vid, cerezos, las peras y la alfalfa, porque los miembros de esa misión ignoraban todos los cultivos de las tierras nuestras y no sabían sino lo que habían aprendido en Europa.

Temo mucho que en las granjas que se llaman experimentales en la actualidad en Colombia se

(Concluye en la página 16)



Madera de *Laporte*

"delante va el padre cura,
sigue el alcalde Ledesma,
. . . .
y luego el *mestro* de escuela"
(*Aquileo*)

El caso de don Miguel de Unamuno y la militarada española

Entrevistas y comentarios

Entrevista con André Salmon

= De *El Tiempo*. Bogotá, 20-IX-36 =

En Burgos, nuestro eminente colega español señor Pujol, ex-director de *Información* y que, en una guerra civil que tiene ahora todas las organizaciones de la guerra, simplemente, dirige un servicio de documentación en el cuartel general del ejército rebelde, me dice:

—Todo el que en España piensa con juzteza y con claridad está con nosotros. Piense usted que aquí puedo evocar la adhesión total, sin reservas, de uno de los más grandes hombres de la izquierda, del maestro del libre pensamiento puro, del ilustre escritor, el profesor Miguel de Unamuno, de la Universidad de Salamanca.

A la verdad, la revelación del señor Pujol era importante. Miguel de Unamuno, antes símbolo de la resistencia intelectual a la dictadura del general Primo de Rivera, Miguel de Unamuno, condenado por tántos escritos reputados subversivos; Miguel de Unamuno, que hizo célebre cierta versión dramática para los que no la habían leído....

El señor Pujol podía saborear su efecto.

Y entonces sentí un furioso deseo de recoger una adhesión de principios de los propios labios del autor del *Sentido trágico de la Vida*.

Miguel de Unamuno habita en una vieja casa de carácter completamente catalán, en uno de los más viejos barrios de la ciudad. Es en una calle no más ancha que una callejuela, cerca del convento de la "Madre de Dios", cuyas paredes antiguas hacen pensar en el decorado de algún drama de Calderón... Se sube una escalera de piedra. Una sola puerta. Es ahí. El viejo maestro accede a recibirnos. En España, ni siquiera los ancianos conocen el valor de la palabra "hora avanzada".

Vestido de negro, acariciando con su mano fina una corta barba blanca, Miguel de Unamuno está en medio de su gabinete de trabajo viejo, muy simple, emocionante y que resume por sus libros, por sus retratos, por sus pilas de documentos, una larga vida de artista y de filósofo.

Solamente tengo una pregunta que hacer al viejo maestro. Es directa y comprenderá todas las respuestas que consienta hacerme:

—¿Puedo pedirle—Sr. Profesor que me formule, en mi calidad de periodista, las razones superiores que ha tenido un jefe indiscutible de la izquierda como lo es usted, para adherirse a un movimiento que en el extranjero muchos consideran de derecha?

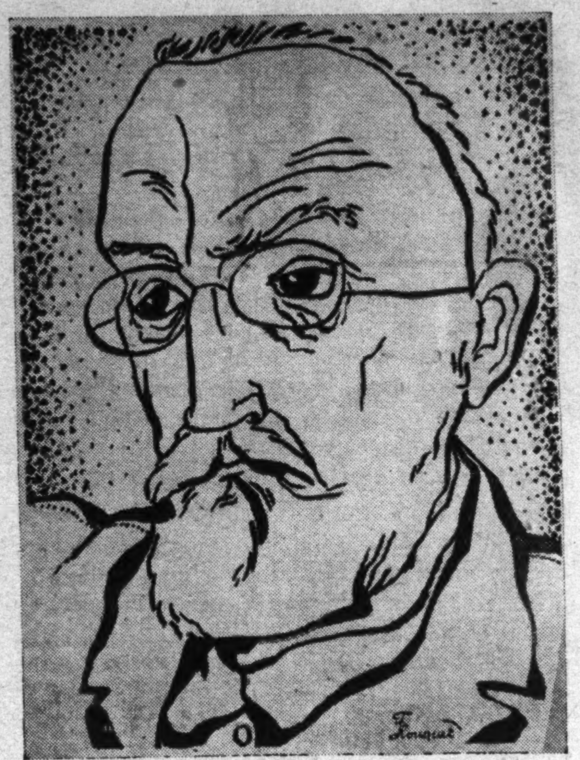
La respuesta de Unamuno es inmediata y fulgurante:

—¿Por qué? Porque es la lucha de la civilización contra la barbarie.

Miguel de Unamuno acaba de articular, en su casa de Salamanca, las mismas palabras, significativas, que el otro día me dijo el general Mola en Burgos.

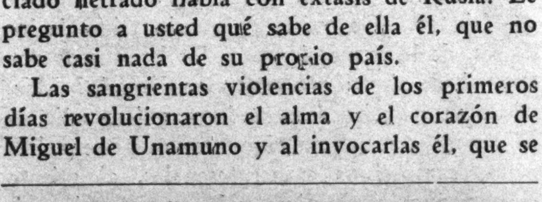
Tomándose la frente con un gesto melancólico, el viejo maestro se explicó:

—Una enfermedad mental colectiva se ha abatido sobre el mundo. ¿Qué? Oigo evocar el respeto a las ideas. ¡Qué cosa lastimosa!



Miguel de Unamuno

Dibujo de *P. Flouquet*



Ante todo, es necesario que las ideas existan para que uno pueda respetarlas. Un desgraciado iletrado habla con éxtasis de Rusia. Le pregunto a usted qué sabe de ella él, que no sabe casi nada de su propio país.

Las sangrientas violencias de los primeros días revolucionaron el alma y el corazón de Miguel de Unamuno y al invocarlas él, que se alaba ante todo de seguir siendo "un viejo liberal", me ha de confiar:

—¿Se ha sostenido realmente que en Barcelona las iglesias quemadas carecían de valor artístico? Artísticas o no, había que respetarlas. Oiga, voy a llegar hasta el fondo de mi pensamiento. Comprenderíase que se hubiesen invadido las iglesias para robar. Pero quemarlas! ¡Deshacerlas! El mal por el mal!

"La desgracia es que han envenenado el espíritu del pueblo haciendo creer que en lo sucesivo va a vivir a expensas de los otros".

—¿Es exacto, señor profesor, que usted se ha inscrito en la suscripción nacional con 5.000 pesetas?

—Es perfectamente exacto.

El testigo de tántas horas decisivas de la historia española contemporánea se tapa por un instante con las dos manos sus ojos cargados de ensueños y llenos de visiones, antes de continuar:

—Me he suscrito... para la guerra! Sin embargo, recuerdo haber visto, cuando era niño, la guerra carlista. Conocí el sitio de Bilbao y no ha sido sin tristeza que yo, viejo vasco, he pensado ver nuevamente esas cosas tan tristes. Pero son necesarias, para salvar la civilización!.

Después de haberme mostrado en un estante la novela que, en 1897, escribió sobre la guerra carlista, Miguel de Unamuno volvió a este punto que lo obsesiona, a él, maestro de la juventud:

—Lo he dicho en París y en Londres. Sufrimos un relajamiento de la moralidad después de la guerra. Ya es tiempo de reaccionar.

Ahora el maestro ironiza tristemente sobre la obra de los partidos de que fué aliado y que hoy se ha resuelto a combatir.

—¡Comunismo! Esa palabra tapa todo! Pero hay que ver las cosas tales cuales son. Allá, es la anarquía pura y simple la que manda. Como siempre, por otra parte. Antes, en el congreso de Londres, cuando Bakunin, el nihilista, se separó de Karl Marx, el comunista, él puso con él a la mayoría de los anarquistas españoles. Un poco antes de los acontecimientos actuales Trotsky vino a España. Expuso las modalidades del Estado proletario... Pero sus auditores españoles les respondieron: "No tenemos interés en ninguna clase de Estado".

Miguel de Unamuno se ha levantado: las palabras que va a pronunciar serán bien emocionantes:

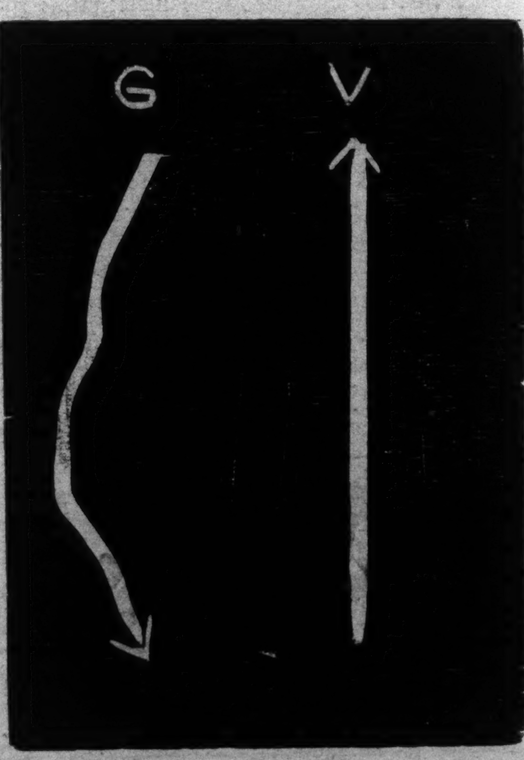
—Hay una palabra española que ha pasado a muchos otros idiomas: "Desesperado". ¡Ay! Es por desesperación que han quemado las iglesias! Por desesperación de no creer en nada.

Y en voz muy baja, el autor del *Sentido trágico de la Vida*, murmura como a sí mismo:

—Ante todo, es preciso vivir... Pero qué difícil es entonces vivir...

Y haciendo una profunda pausa, termina:

—Hubo en Chile, antes, una revolución



Gana y Voluntad

(Sugiere *Unamuno*)

Madera de *L. de Artiñano*

fomentada por los vascos y los alemanes de origen. El presidente Balmaceda tuvo que fugarse. En el destierro, escribió en un estilo magnífico una carta a sus sucesores. Decía en esta carta que se daba perfectamente cuenta de que mientras viviera conservaría a su alrededor partidarios, lo que impediría la completa paz del país. Y había tomado la resolución de matarse. Y lo hizo! Pienso dirigir una copia de esta carta sublime al presidente Azaña.

...En la noche suave, suben al campo de batalla los voluntarios: "Viva España!".

André Salmon

Salamanca, septiembre, 1936.

Carta de Ylya Ehrenburgh

= De *Vendredi*. París, 21-VIII-36.—Trad. y envío de *J. C. A.* Le Havre, agosto de 1936 =

Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca, ex-revolucionario y expoeta, colaborador de Mola: yo quiero dirigirme a Ud. en esta hora penosa con la sinceridad con que debemos hacerlo entre escritores. No voy a recordarle nuestros varios encuentros, pues no es mi intención comprometerle ante sus patrones de hoy. Entre nosotros no hay sino una cosa común, y es que no tenemos en nuestras manos un fusil ni una pala sino una pluma. Muchas veces ha hablado Ud. con orgullo de nuestro oficio. Yo también estoy orgulloso, y más aún después de haber leído lo que Ud. acaba de escribir en la prensa española.

Hace cinco años, fuí a la aldea de Sanabria. Y ví campesinos extenuados de hambre que no comían sino habas y cortezas. Al borde del lago había un albergue. El hostelero me enseñó el libro de autógrafos donde Ud. había escrito algunas líneas, Unamuno, sobre la belleza del paisaje de los alrededores. Español, alardeando siempre de su amor por el pueblo, Ud. no había visto, sin embargo, sino las arrugas del agua y las ondulaciones de las colinas. Sus miradas no han alcanzado a las mujeres que estrechaban entre sus brazos a sus pequeños hijos torturados por el hambre. En ese entonces, Ud. escribía para toda la prensa fascista de Madrid artículos de forma refinada. También había Ud. escrito un artículo sobre el hambre, dedicando un centenar de líneas a sus investigaciones filológicas: ¿qué quiere decir el vocablo "hambre"? Había llegado Ud. a demostrar minuciosamente que el apetito de un meridional no se asemeja al apetito de un nórdico, y que el hambre descrita por Hamsun no tiene nada de común con el hambre descrita por Quevedo. En suma, Ud. no quería mancharse tomando partido por los hambrientos o por aquellos que los alimentan de plomo. Ud. quería ser solamente un puro poeta, colaborador de los periódicos de gran tiraje.

———

Cinco años han pasado. Todos los malhechores de España, los verdugos, los herederos de los inquisidores, los carlistas degenerados se han lanzado en son de guerra contra el pueblo español. En la aldea de Sanabria, ellos han apresado al general Caminero, fiel al pueblo. Los infelices campesinos de Sanabria han huído hacia las montañas. Con sus pobres escopetas de caza marchan contra las ametralladoras. ¿Y Ud., escritor amoroso de lo trágico español, qué ha hecho? Ha abierto su cartera—donde guarda el precio de sus altas reflexiones sobre el hambre—y generosamente, como un verdadero hidalgo ha tomado 5.000 pesetas para ofrecerlas a los asesinos de su pueblo.

Escribe usted "estoy impresionado de la barbarie de los revolucionarios". Y esto lo escribe en Salamanca. Sin duda tiene Ud. la costumbre de pasearse bajo los arcos de la plaza mayor. La plaza es muy bella y es justo que usted admire el estilo español del Renacimiento. Pero, paseándose en esta plaza, ¿no ha visto Ud. el cadáver del diputado Manco, que los amigos de Ud. han ahorcado para defender la cultura contra los "bárbaros"?

Unamuno: Ud. ha hablado mucho sobre la nobleza del pueblo español. Yo me inclino delante de esa nobleza; pero no son ciertamente los verdugos de Salamanca que la han heredado sino los obreros de Madrid, los pescadores de Málaga, los mineros de Oviedo.

Yo estuve, en primavera, en Oviedo. Ya en Octubre de 1934 los amigos de usted habían demostrado hasta qué punto respetaban los monumentos del pasado. Sobre el campanario de una catedral gótica habían colocado sus ametralladoras. Hoy, ellos han hecho de la alhambra de Granada una fortaleza. El protector de Ud., el general Franco, ha declarado que estaba dispuesto a destruir la mitad de España, si es necesario, para obtener la victoria. ¡Es verdaderamente modesto el buen general! Y es que esto lo hace por no causarle a Ud. pena. En realidad, está listo a destruir toda España con tal de someter a su pueblo.

Escribe usted también: "Un hombre infeliz, un analfabeto hablaba de Rusia con admiración. ¿Cómo puede saber lo que es Rusia cuando no conoce siquiera su propio país?". Si; Ud. tiene razón, en su país hay muchos analfabetos. ¿De quién es la culpa sino de los frailes, de los generales y de los banqueros que desde hace siglos gobiernan en España? Más, ahora su país ha despertado y quiere salir de su ignorancia. Ahora el obrero se pone a leer y los campesinos exigen escuelas, al mismo tiempo que los Jesuitas y los mercenarios pilotean aviones italianos y alemanes para ametrallar a su pueblo. Cuando tomaron Tolosa, los rebeldes sacaron todos los libros de la biblioteca popular y los quemaron solemnemente en la plaza mayor. Ud., generoso Mecenas, ha dado 5.000 pesetas no para las escuelas sino para esos "autos de fe". Mas tranquilícese, que Dios le devolverá sus 5.000 pesetas, centuplicadas. Y sus ejercicios filosóficos sobre el hambre serán ciertamente leídos con placer en Alemania.

Ha encontrado Ud. de golpe, palabras comprensivas para todos. Ya no discute sobre las raíces y los sufijos. Prefiere usted bendecir a los verdugos. Eso es lo que Ud. llama "defender la cultura". En España vivía también un viejo escritor, contemporáneo suyo, Pío Baroja. No era un revolucionario como Ud. y no simpatizaba con los marxistas. Cuando yo le pregunté por qué no había asistido al "Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura" me respondió que no quería ocuparse de política. Luego cayó en manos de las amigos de Ud. que querían obligarle a bendecir a los Carlistas, asesinos de obreros. Y Pío Baroja contestó: Nó! (¿Al saber la respuesta de Baroja no ha enrojecido Ud. de vergüenza?) Entonces los amigos de usted han arrastrado a Baroja por las calles. Le gritaban enfurecidos "perro" y querían fusilarlo. Ellos defendían valerosamente la cultura ¿no es verdad, Unamuno?

Pues bien, su camino no es el de los escritores sepañoles. El poeta Antonio Machado, el lírico y el sabio, el digno heredero del gran Jorge Manrique, está al lado del pueblo y no con sus verdugos. El filósofo Ortega y Gasset que ha vacilado mucho tiempo en sus horas críticas, ha dado la espalda a los bandidos rebeldes. Ramón Gómez de la Serna ha declarado que se halla listo a luchar por la causa de su pueblo. El joven poeta Rafael Alberti, que los campesinos han salvado de la cuerda de los "defensores de la cultura" de que Ud. habla, combate heroicamente contra los militares ataviados de oro. Los escritores se ha alejado de Ud., Unamuno.

Se ha quedado Ud. solo con los gendarmes, los mismos que en otro tiempo arrojaron al escritor Unamuno a la prisión y que ahora estrechan la mano del fascista Unamuno.

No hace mucho escribía Ud.: "Es con el verbo que nuestros antecesores han creado España, y nó con la espada". En ese entonces revindicaba Ud. el derecho de no tomar partido. Mas ha llegado el día de hacerlo, y las pesetas que su verbo le ha procurado, es al servicio de la espada que Ud. las ha puesto. Yo soy también escritor; y sé que los hombres conquistan la felicidad con verbos y con espadas. Pero no nos refugiemos en discusiones poéticas; hemos escogido ya nuestro lugar en la lucha. Ya no existe el escritor "neutro". Quien no está con el pueblo está contra él. Y quien habla hoy de arte desinteresado, desliza mañana un puñado de dinero en la mano ensangrentada del general. Es necesario alimentar el odio como el amor. Su ejemplo, Unamuno, no será olvidado.

Al Presidente Azaña le aconseja Ud. suicidarse. El Presidente Azaña permanece en su puesto, como todo el pueblo español, como las muchachas de Barcelona y los ancianos de Andalucía. Yo no diré, a fin de lavar una página de la historia de la literatura española: "Suicídese, Unamuno!" Pues Ud. se suicidó ya el día en que fué a trabajar al lado del general Mola.

Físicamente se asemeja Ud. a Don Quijote, y ha ensayado de serlo realmente en sus actos. Sentado en el café parisiense "La Rotonda" Ud. hacía frecuentes llamamientos a los jóvenes de España invitándolos a la lucha contra los generales y los Jesuitas. Ahora los soldados matan en su tierra a los jóvenes con las balas compradas con las pesetas de Ud. No! Ud. no es don Quijote, ni siquiera Sancho Panza. Ud. es uno de esos ancianos egoístas, que, desde su castillo, miraban cómo sus fieles servidores apaleaban al desventurado caballero manchego.

Ylya Ehrenburgh

El suicidio de Azaña

= De *El Tiempo*. Bogotá =

No hay en la España contemporánea una figura que nos seduzca tanto como la de don Miguel de Unamuno. Límpida conciencia, áspera conciencia de conductor, de hombre para quien no existe nada sobre los ideales, acostumbrado a decir su verdad sin preocuparse de que agrade o disguste, permanentemente engolfado en meditaciones que buscan el tuétano de la vida, lo analizan, lo aislan para examinarlo, y siguen hacia la entraña del universo y sus variables significaciones, para deducir leyes de bien obrar y hallar explicaciones de lo absconto, de lo misterioso, el vasco genial se ha hecho a una personalidad inconfundible. Domina todo el panorama de España y de su época, hecho a las variaciones de la opinión, pero incapaz de seguirla, porque no nació para subalterno en ninguna de las regiones y en ninguna de las ramas del espíritu.

Qué estilo el suyo tan másculo y tan sustancioso! Parece hecho de sarmientos retorcidos, secos, desesperados, y es puro jugo. Sus frases son para el lagar. Todo se va transformando en el vino de cuerpo, en el vino embriagante de las concesiones metafísicas y de los consejos prácticos, que muestran la clásica vena, la vieja solera de Cervantes y de Santa Teresa, de Quevedo y de Lope, de Villarroel y de Tirso, de Fray Luis de León y de Fray Luis de Granada, de Jovellanos y de Larra, de Gavinet, su hermano en el genio y en el dolor, de Balmes, de Valera, de Galdós y de él mismo. Unamuno regaña. Y así se hace querer. Cuanto dice aun de mal humor, revela la intención profunda de hacerle un bien a España. Sentimos a Unamuno en la sangre. Lo que de él venga, aunque choque con lo propio, con lo adquirido, con lo defendido, con lo querido, será admirado, respetado, asimilado, considerado, al fin y a la postre, como nuestro.

Por eso causó una explicable sensación entre nosotros su paso de la izquierda a la derecha y su concepto, especialmente su concepto, de que la actual lucha española es una etapa del inmenso proceso de la civilización contra la barbarie. La barbarie es el gobierno de Azaña. La civilización son los rebeldes. Grave error, a nuestro juicio. Azaña no es el caudillo, no es otro Empecinado en quien se sumen anhelos, virtudes y defectos de las multitudes. Es sólo una víctima. Dentro de un cerco de hierro se ha estado moviendo. El cerco se ha ido cerrando. El pobre presidente, que traicionado por el ejército se vió obligado a entregar las armas de la república a los civiles, para formar patrullas, milicias rojas, esos cuerpos de gentes sin fe a que Unamuno alude, va hacia la muerte, pero con la bandera en alto.

El no tiene, como tienen los otros, sus secuaces, la desesperación de no creer en nada. Azaña sigue pensando en el desquite, en el triunfo en alguna parte, en la prolongación de la guerra, que habrá de provocar en sus enemigos la fatiga, y para entonces sueña con la restauración y con el engrandecimiento de España. Todos la quieren, todos la queremos, con mayor razón los nacidos en su seno, nutridos de su savia, prendidos a sus pechos, hechos a su amargura, a sus caprichos, a su gloria. Nada que no sea su gloria y su ventura ha querido Azaña. Pero éste ha sido el hombre de los vaivenes. Arriba, abajo, arriba, como en los ejercicios de gimnasia rítmica, y mientras tanto el incendio, el lodo, la locura, la catástrofe.

No entendemos a Unamuno cuando parangona el caso de España con el de Chile y el de Azaña con el de Balmaceda. Tiene la idea de que el último se suicidó para asegurar la paz de su país, porque en su despedida escribió que mientras él viviera tendría partidarios enconados que harían difícil el acercamiento. Sublime determinación, dice Unamuno, quien agrega que piensa enviarle a Azaña una copia de esa carta para.... que se decida. Pero ¿qué ganaría España con el suicidio de su presidente? La lucha no es contra él sino contra un sistema, contra una hidra de cabezas renacientes. La de Azaña, del punto de vista de sus enemigos, es una de tantas. Cortada, quedarían las otras. Y seguiría la guerra.

Unamuno, con ser un hombre prodigioso, se halla equivocado. La copia de la carta de Balmaceda puede arrojarla Azaña al cesto de los papeles inútiles. O puede plagiarla, después de haber plagiado la actitud, y de haberse eliminado. Las cosas seguirían lo mismo. Cabanellas, Mola, Franco, Queipo de Llano y demás jefes reaccionarios, no se han levantado contra Azaña. Se han levantado contra el extremismo, contra lo que ha traido el comunismo al gobierno, contra el frente popular, contra una manada de asesinos. Y los han imitado asesinando. Puede ser asesinado Azaña o puede morir del disparo que haga su propia mano. O puede morir de tifo o de gripe. O de un mandato de Dios. Nada habrá cambiado. Mejor que Unamuno se guarde la carta de Balmaceda. Y que con todos los españoles de buena voluntad haga votos por que se produzca un entendimiento que dé fin a la matanza y le procure a España un gobierno de concentración patriótica, en que todos renuncien a sus tesis extremas, y la paz sea un producto del corazón y de la inteligencia, hechos llamas en el altar de la patria.

L. E. Nieto Caballero

Grandeza y miseria de Miguel de Unamuno

= De *Acción*. Montevideo =

La actitud de Miguel de Unamuno, declarándose partidario de la revuelta derechista, no es sorprendente, porque nada puede serlo en la vida y la obra de este hombre terrible y contradictorio. Unamuno ha vivido en una patética contradicción. El mismo lo ha no ya reconocido, sino aún proclamado como el signo de su espíritu bárbaro y profundo, tumultuoso y hosco. ¿Y qué es el gesto de hoy sino el desenlace de la gran contradicción que es todo él?

En su correspondencia a Rodó, que acaba de ver la luz en el Uruguay, ascultando los primeros síntomas del renacer español, decía Unamuno: "El pobre duerme: le han educado a delegarlo todo. El cuidado económico lo delega en el usurero; el cuidado político en el cacique; el religioso, en el cura, y los tres le cobran caro, el primero el capital que le presta, el segundo la influencia, el tercero la gracia divina averiada que le revende. En vez de darle una luz para que por sí mismo se busque y abra su camino de eternidad, se le metió en un carro, y en él se le lleva a oscuras por caminos que desconoce. Mas parece que despierta, sobre todo en las ciudades".

Hablaba así el representante de la generación intelectual del 98, la generación heterodoxa que venía a combatir por la España nueva contra la antigua enterrada con toda pompa en el panteón del Escorial. Los representantes de esa generación, y muy especialmente el ex-Rector Vitalicio de la Universidad de Salamanca, gustaron llamarse vástagos de "la prole luteriana", para emplear la expresión de Antonio Machado.

¿No vivía acaso España inmovilizada en el gesto de Felipe II, católica, inquisitorial, tenebrosa y miserable en su aislamiento de mendigo orgulloso? El 98 pues, se presentaba como la revancha del agustino. El rudo teutón volvía pasados casi cuatro siglos, a cobrar la herencia española que estaba allí bajo tierra, como un tesoro escondido. "Presumo que la sacudida será honda y llegará a las entrañas religiosas del pueblo. Hay que hurgarlas", decía Unamuno en la misma carta a Rodó.

Unamuno se batió gallardamente "contra Roma" como buen protestante, y Salamanca fué su Wittenberg.

Pero he aquí que padeció el gran error de reiniciar la lucha del siglo XVI, quedándose en el siglo XVI. Y cuando el pueblo despierta como él lo anunciara, sacando de sus "entrañas religiosas" las energías necesarias para transformar el mundo de aquí abajo que el usurero, el cacique y el cura habían hecho ya inevitable, Unamuno, el luterano, el rebelde, el revolucionario, se pone del lado del cura, el cacique y el usurero. No ha sabido comprender que la historia había ido muy lejos mientras España dormía y que hoy Martín Lutero se llama Carlos Marx.

Unamuno, ha vuelto al Escorial como un hijo pródigo, y está allí junto a Felipe II en el retablo de la España negra. La tragedia de este hombre acosado por el tropel de los ángeles rebeldes, y al mismo tiempo ligado por fuertes raíces a la tierra, paraliza el ataque. Su vida ha sido un persistente conflicto entre claras presencias racionales y caudalosas corrientes subidas del sentimiento, y en él se ha debatido, o como lo hubiera gustado decir, ha "agonizado" con dramática grandeza.

Su pecado ha estado en ser un luterano retrasado. El mismo, en el fondo, de Dostowiesky. Por eso su destino frente a la revolución española ha sido idéntico al de éste frente a la revolución rusa. Nuevo aspecto del señalado paralelismo hispano-ruso. Ambos buscaron la misma verdad: la revolución realizándose en "las entrañas religiosas del pueblo" y por esa verdad conoció uno el destierro en Siberia y el otro el destierro en París. Y ambos cayeron en el mismo error: entregarse a la contra-revolución, Dostowiesky llegando a decir al final de su vida que el derecho de servidumbre "contribuye a establecer relaciones morales ideales entre los propietarios territoriales y los campesinos", y Unamuno, también al final de su vida, agraviando al heroico pueblo español que se ha hallado a sí mismo y se traza su camino, pese a curas, caciques y usureros.

Entrevista con los hermanos Tharaud

= Fragmentos: traducidos de *Candide*. París, 10 de diciembre de 1936 =

Salamanca, vieja ciudad de iglesias y de conventos, como tantas en España, y de la que se ha ido retirando la vida poco a poco. Su misma Universidad, casi tan antigua como la de París y su rival antaño, hoy si acaso tiene algunos centenares de estudiantes. Se camina por calles estrechas, de piedras doradas, deliciosas en su soledad y silencio, ambiente eclesiástico en el que desentonan de manera extraña oficiales y soldados, marroquíes y burgueses panzudos, con gorras de policía, en arreos de cuero nuevo, pues ahora en España todos se dan aires de guerreros y quien no está orgulloso de su revólver a la cintura, por lo menos usa casquete de caucho. Hasta los sacerdotes tienen aire belicoso con su sombrero peludo en cabeza desafiante y banda larga terciada que alzan con el brazo en ademán desenvuelto.

De camino hacia la casa de Miguel de Unamuno, escritor ilustre y Rector de la Universidad de Salamanca. En el barrio más aristocrático y conventual de la ciudad, llegué delante de una casa sencilla y de buena apariencia. Una niña me pasó a una especia de locutorio monástico, muy limpio, brillante y frío, con sillas arrimadas a las paredes, un retrato del dueño de la casa, inspirado en la vieja escuela española, y contra una ventana abierta a un patiecillo que sin el cielo tan azul de aquel día, habría sido muy triste, una mesita redonda cubierta con un paño verde que caía hasta el suelo. Algunos minutos de espera y veo entrar a Unamuno, muy animado a pesar de sus setenta y dos años, tupidos el cabello y la barba, anguloso el perfil, y detrás de los anteojos de acero, una mirada inquieta. Nos sentamos a la mesa. La niña que me había recibido volvió con brasero que puso debajo de la mesa, bajó con cuidado el paño por nuestras rodillas y ya con las piernas al calorcito, y en el aire frío de la pieza, Unamuno y yo nos pusimos a conversar.

Lo primero que me dijo fué:

—Sabe, he caído en desgracia.

En efecto, sí lo sabía. Los leales le habían quitado el cargo de Rector de la Universidad de Salamanca, pero la junta de Burgos lo restableció. Lo acababan de destituir los facciosos por un discurso que pronunció en la Universidad a principios de octubre en una sesión solemne en que se recordaba a Cristóbal Colón, que, como se sabe, antes de embarcarse en su aventura mayor, vino a Salamanca a consultar a los astrónomos célebres.

—Sí, me han destituído, continuó Unamuno, por unas palabras muy inocentes de que no reniego. Decía yo... pero aguárdese, es más sencillo... voy a buscar un manifiesto breve que acabo de hacer y que expresa cuanto pienso.

Luego dejó la mesa, salió y casi al instante volvió con un papel en la mano.

—No tengo copia, me dijo, si quiere, a tiempo que conversamos, yo se la saco, porque me gustaría que se conociera.

Y se puso a copiar como un niño de escuela. Véase el texto, interrumpido por las reflexiones que me hacía a medida que iba escribiendo:

Me adherí luego al general Franco pensando que ante todo se proponía salvar la civilización cristiana occidental, y con ella la independencia nacional...

Unamuno.— Insisto en lo de "civilización occidental cristiana". Yo he sido quien ha hallado y puesto en circulación este dicho, que Franco repite ahora en todos sus discursos, y que se ha vuelto el santo y seña de la revolución.

El gobierno de Madrid me quitó del puesto de Rector de la Universidad; con grandes elogios me volvió a poner el de Burgos. Entontonces estaba verdaderamente aterrado con el aspecto que tomaba esta espantosa guerra civil, fruto de una enfermedad mental colectiva, epidemia de locura con un substratum patológico.

Unamuno.—Sí, sted, lo sabe, entre nosotros la higiene es deplorable.

La sífilis ha hecho estragos en este desgraciado país. Lo que explica bien las cosas. Se habla siempre de lo psicológico, de lo moral, pero de lo que debiera también hablarse es de lo fisiológico.

Yo.—En este furor sanguinario que de tan extraño modo arrastra a España hay algo que se relaciona con lo que ella tiene de árabe y de berebere.

Unamuno.—Es posible. Pero hay también otra sangre en nuestras venas que a mi juicio, tiene una importancia considerable, en la formación de nuestra raza y de nuestra mentalidad: es la de los gitanos, población errante de herreros, remiendan vasijas, venden caballos, trenzan canastos, dicen la suerte; se los halla por todo el país, hasta en las más pequeñas aldeas. Estos gitanos tienen instintos primitivos, inhumanos, antisociales y estoy convencido de que por ellos sobre todo se nos ha metido una cruel herencia.

Unamuno ha alzado la cabeza, se ha animado un instante, se inclina luego sobre la mesa y reanuda su copia.

El manifiesto:

Desde el punto de vista religioso, esta guerra civil se debe a una profunda desesperación, característica del alma española, que no llega a descubrir su fe, y también a cierto odio contra la inteligencia, aparejado a un culto de la violencia por la violencia.

Yo.—¿Cuál es esa profunda desesperación del alma española de que Ud. habla?

Unamuno.—Usted conoce el sentido de nuestro vocablo *desesperado*. El desesperado es un hombre que en nada cree, ni en Dios, ni en el prójimo, ni en él mismo. Somos un pueblo de desesperados. Lo que especialmente explica el odio contra curas y frailes. Dos españoles hay, pero bien vista la cosa, no hacen más que uno: el creyente, el católico que suele ser un pagano, idólatra de la Virgen y de los santos, para él, ante todo, divinidades locales: el desesperado que mata a los que tienen fe, celoso del tesoro que poseen y por odio a los sacerdotes que no han tenido éxito al comunicarle las certidumbres que tánto necesitan.

Yo.—¿No cree Ud. que los españoles son sencillamente un pueblo apasionado, que cree con la misma fuerza lo que le dicen los curas o los oradores comunistas, y que tienden a realizar con violencia ciega las ideas elementales que han depositado en su alma?

Unamuno.—No, créamelo que no, es otra cosa: lo que hay en esta palabra cargada de sentido, la vieja palabra *desesperado*, que Ud. comprendería mejor si conociera nuestras viejas crónicas.

Del manifiesto:

....Es el régimen del terror. España, está, —literalmente— espantada de sí misma. Y si no se recobra a tiempo, llegará a las fronteras del suicidio moral.

Yo.—¿Qué quiere Ud. decir con: España está espantada de sí misma?

Don Miguel me da una explicación muy larga, de la que he retenido esto: España lleva consigo terribles instintos que no aguardan más que las circunstancias para manifestarse. Lo sabe ella, y teme que se presenten tales circunstancias en un terreno en que no tenga las fuerzas necesarias para reprimir en ella todas sus potencias salvajes.

A propósito de un gobierno fuerte que dominara el temor:

Unamuno.— Uno de mis amigos me decía esta mañana: "Los rojos matan a todos los blancos, y los blancos matan a todos los rojos. Si los rojos se enojan, anarquistas y comunistas se exterminarían. Si son los blancos, por el contrario, los enojados, ¿no habrá también lucha entre blancos?"

Estas palabras no hicieron sonreír a don Miguel, que buen español, no está para bromitas. La salida de mi amigo se explica en lo que dice luego el manifiesto:

Se dijo al principio que ese movimiento no era de partidos, ni militares, sino de fondo popular y que en consecuencia, todos los antimarxistas debían olvidar diferencias y colocarse bajo un régimen militar, sin preocuparse del régimen político definitivo. Sin contactos, los partidos, sin embargo, han seguido apenas yuxtapuestos. Entre los que se han juntado contra el marxismo están los falangistas, partido político aún cuando lo niegan y que no es otra cosa que, el fachismo italiano muy mal interpretado a mi juicio (Unamuno entonces se detiene y dice: "Ah, yo odio el fajismo). La Falange comienza a absorber a los otros partidos y pretende dictar el régimen futuro. Y yo, por haber manifestado el temor de que esta oposición de partidos aumente más el terror, esto es, ese miedo que España tiene de sí misma, y hace más difícil la paz verdadera: por haber dicho que vencer no es convencer, ni conquistar convertir, el fascismo español ha hecho que el gobierno de Burgos me destituya... sin darme explicación alguna, no obstante haberme restituido con elogios.

Sigue el manifiesto de don Miguel:

España no debe someterse a nación alguna. Pero es lo cierto que estamos a punto de dar en nuestro territorio nacional una guerra internacional; en estas circunstancias es también un deber conseguir una paz de persuación y de conversión, y llegar a la unión moral de todos los españoles para rehacer esta patria que está a punto de quedarse exangüe, en ruinas, envenenada y em-

brutecida. Por eso debemos impedir que los reaccionarios vayan más allá de la justicia y de la humanidad, como suelen hacerlo. No está bien que los falangistas pretendan asustarnos con la fuerza y la amenaza, obligando así por el terror, a afiliarse a ellos a cuantos no son catequizantes ni convertidos. ¡Qué triste cosa sería si el régimen bolchevique fuera reemplazado por el facista, régimen de servidumbre social, también bárbaro, antisocial e inhumano. Ni uno ni otro, pues en el fondo son la misma cosa.

Don Miguel ha concluído de copiar su manifiesto. Continuamos conversando a gusto.

Habla don Miguel: "....Azaña y sus amigos se han imaginado que podían imponer en España ideas muy avanzadas. Los acontecimientos lo han perjudicado. Le ha sucedido, en suma, la misma aventura trágica que hace unos cuarenta años le ocurrió a un Presidente de Chile llamado Balmaceda. Tenía Balmaceda ideas parecidas a las del Frente Popular. Quería aplicarlas pero tenía en contra a los grandes terratenientes, a los grandes propietarios, a los que algo poseían y a quienes llamaban los congresistas porque formaban la mayoría del Congreso, esto es, el Parlamento. La lucha entre el Presidente y sus adversarios paró en una guerra civil horrorosa. El partido del pueblo fué vencido, y Balmaceda desapareció, sin saberse qué había sido de él varias semanas. Se refugió en la embajada argentina. Una mañana el embajador le vió entrar a su oficina uniformado de presidente, con todas sus condecoraciones, y un papel en la mano: su testamento político. Se lo leyó. Reconocía haberse equivocado medio a medio, había creído su país políticamente más evolucionado de lo que estaba; que por culpa suya, se había derramado tanta sangre, pero que, sin embargo, no desesperaba; más instruídas las masas, sus ideas algún día triunfarían. Mientras tanto quería que con su muerte quedara el testimonio de su buena fe y sirviera de ejemplo a cuantos lucharan por la misma causa que él había luchado. Por eso se mató... Delante del embajador, con un revólver, se alzó la tapa de los sesos".

Quise preguntarle a don Miguel: ¿Ud. querría que Azaña y Largo Caballero hicieran lo mismo? Es muy fácil hacer tales preguntas delante de una mesita redonda, con las piernas calientes en el bracero, en un cuarto apacible, al fondo del más apacible barrio de Salamanca....

Nos fuimos a otro plano, que no el de la política, y a fin de que su espíritu se serenara: don Miguel pasó al de la poesía y me preguntó si conocía el soneto de Gerardo de Nerval que se llama *El desdichado*.. ¡Claro que lo conocía! Juntos lo recitamos, pues bien, de cabo a cabo, no lo sabíamos ambos:

Je suis le tenebreux, le veuf, l'inconsolé,
Le prince d' Aquitaine a la tour abolie...

Y en estos versos en que don Miguel ponía cierto fervor, sentía yo reaparecer bajo una forma nueva, depurada, la cuestión del *desesperado*, que ahora evidentemente se halla en el fondo de los sueños del viejo desencantado....

Jerónimo y Juan Tharaud

El señor de Unamuno pierde su puesto

= Trad. y envío de doña *María de Sancho*. Cartago, Costa Rica. Enero del 37.— De la sección "Cartas a los Editores" de la revista *The Nation*, New York, Diciembre 19 del 1936 =

Muy señores míos: El doctor Nicholas Murray Butler ha dado a la publicidad una carta de Miguel de Unamuno en la cual el célebre filósofo, que ha sido rector de la Universidad de Salamanca por muchos años, apoya la rebelión fachista en España. La carta fué escrita en latín y ha sido enviada a todas las universidades del mundo. Aunque no alude al gobierno de Madrid por su nombre, el señor Unamuno le atribuye todos los actos de vandalismo y destrucción que han tenido lugar en España desde que comenzó la guerra civil. Tampoco menciona el bombardeo brutal de la ciudad capital de España y de su población civil por ese ejército de generales españoles y moros africanos que él pinta como defendiendo "la civilización cristiana de occidente" contra "un proyecto fantástico de oriente".

Quizás la destrucción despiadada de Madrid no había comenzado cuando el señor Unamuno se declaró en favor de los ángeles. Y evidentemente el Presidente Butler, al publicar la noticia, desconocía el último acontecimiento en la vida del señor Unamuno. Este acontecimiento es posterior a la fecha de la carta latina—que puede describirse mejor con ese familiar gerundio adjetivo latino, propaganda.

El Presidente Butler sabía, desde luego, que en la fecha en que fué escrita la carta el señor Unamuno no era ya legalmente rector de Salamanca, pues el gobierno de Madrid lo había separado de su puesto cuando él declaró su alianza con los fachistas hace muchas semanas. Pero el doctor Butler según parece no sabía, cuando dió la carta a la publicidad, que el señor Unamuno no es ya rector bajo los auspicios fachistas. La historia la relató hace poco el periódico *Claridad* de Madrid. El Día de Colón, conocido como "el día de la raza", se llevó a cabo una celebración muy solemne en la universidad, que tenía ya más de dos siglos y medio de fundada cuando se descubrió América. El General Franco y su estado mayor fueron huéspedes de honor en la ceremonia, en la cual tomó parte naturalmente el distinguido rector. Estaban también presentes altos oficiales de la iglesia y muchos curas y soldados.

Entre otros, le tocó hablar al General Millan Astray, un veterano de las guerras de Marruecos, aunque como otros su nombre ha sido manchado por investigaciones parlamentarias de peculado y corrupción.

El General Astray, como no pasa con la mayoría de los generales españoles, ha sido siempre un combatiente. En Marruecos perdió un ojo y un brazo en el servicio de su país. Probablemente ha estado sirviendo a Franco con la misma devoción. ¿Quién tenía mejor derecho a hablar en honor de la raza española en Salamanca?

Habló el General Millan Astray. Y el tema de este defensor de la cultura occidental transcurrió así: Los vascos y los catalanes son los judíos de España. Deben ser exterminados hasta el último hombre, la última mujer y el último niño.

Las palabras del General Astray contraviniendo la historia de la Universidad de Salamanca corren parejas con las bombas de Hitler y de Mussolini que ahora llueven sobre Madrid. En Salamanca, que era célebre en la edad media por su código de ley civil, Colón dió conferencias sobre su descubrimiento del Nuevo Mundo, y el sistema de Copérnico se enseñaba mucho antes de que fuera aceptado universalmente. El nombre de Salamanca es venerado donde quiera que se respete el saber.

La suerte de las universidades alemanas es una indicación suficiente para cualquier hombre de lo que podría hacer un gobierno fachista en Salamanca. Pero al señor Unamuno, siendo como es un filósofo célebre y teniendo fe en instituciones sólidas como el ejército y la iglesia, no le impresionó con esto. Se necesitaron las crudas palabras de un general español para que él sintiera el escalofrío húmedo y penetrante del amenazante fachismo. Cuando terminó de hablar el General, se levantó el Rector y habló brevemente. Si los planes del general se llevaran a cabo,—dijo—si se exterminaran los vascos y los catalanes, entonces España, como el General quedaría mutilada.

Se cuenta que el General Franco y su estado mayor dejaron la escena llenos de cólera y que se disolvió la reunión. Según *Claridad*, al siguiente día el señor Unamuno fué otra vez retirado de su puesto como rector de la Universidad de Salamanca.

Carleton Beals
Brocketts's Point, Conn., dic. 10, 1936.

Acerca de una apreciación errada

Por *HERNANDEZ SEGURA*

= *Envío del autor.* Managua, Nicaragua. Noviembre de 1936 =

Es la protesta franca contra una raza que despiadadamente ha implantado sus arbitrariedades en nuestros lares.

Hemos seguido con interés los últimos acontecimientos políticos de Puerto Rico, los cuales han logrado llegar al público, suscritos por el Srio. Geral. del nacionalismo de aquella República, y a la vista de semejantes atentados cometidos en el corazón de las Américas, no hemos podido menos,—como buenos latinos—, que sentirnos ultrajados.

Un escritor colombiano, Enrique Naranjo Martínez, desde los Estados Unidos de Norte América, pide justicia para Roosevelt, ese gran propulsor de la democracia americana. Y, el mismo personaje aludido, creador de la política de buen vecino, propone una conferencia inter-americana, que tendrá lugar en la Argentina, para consolidar más el acercamiento con los pueblos americanos, mientras la noble libertad de Puerto Rico, *se muere asfixiada en las apostólicas personalidades de* Albizú Campos y Juan Antonio Corretjer. Para consolidar más los afectos de nuestro pueblo con el anglo-sajón, presidiendo él mismo dicha conferencia. El ejecutivo norteamericano, no hay duda, está bailando —como eternamente lo ha hecho—la danza de la farsa diplomática.

Mientras el pueblo de Puerto Rico quiere organizar la República, mientras quiere demostrar que tiene capacidad para solucionar y resolver sus asuntos internos, y sobre todo, reclamar su libertad, a la que tiene derecho como pueblo civilizado, ese noble propósito es ahogado por un proceso brutal, que como es de esperarse, termina con una larga y arbitraria condena para los líderes del ideal libertario de aquel suelo. En tanto, el Departamento de estado de Washington, hace públicas declaraciones de la política de buen vecino, que culminan con la conferencia inter-americana.

Y es más, los directores de esa honrada lucha, los hombres que sienten vergüenza por los atropellos de los políticos de Casa Blanca, tropiezan con la oposición de algunos de sus mismos conciudadanos. Pero no se crea que estos son hombres dignos, no; son del tipo burgués que han adquirido alguna posición vergonzosa a la sombra de un envilecido servilismo.

Al escribir estas líneas, no me guía la vulgar petulancia de hacer literatura chillona; es la protesta franca contra una raza que despiadadamente ha implantado sus arbitrariedades en nuestros lares. La autenticidad de este dicho lo encontramos en Cuba, Puerto Rico y en Nicaragua, pueblos que podrán probar con hechos los brutales atentados de los interventores yanquis.

Así como los nicaragüenses repudiamos hoy a los Chamorros y Sacasas por sus recursos desesperados, cuando ya impotentes para resolver nuestros propios asuntos, en carrera vertiginosa, llegan hasta la Casa Blanca a limpiar la casaca del Departamento de Estado, implorando la intervención, así, con esa misma energía, el pueblo puertorriqueño debe condenar a los mercenarios, que servilmente, y temerosos del castigo que se merecen por su serie de *entregamientos* voltean las espaldas a los que luchan por la libertad de su país, y apoyan los atentados de los banqueros y soldados del Wall Street.

Los intelectuales latinos debemos protestar heroicamente por el encarcelamiento de Albizú Campos, de Juan Antonio Corretjer, y de todos los jóvenes que han luchado por la emancipación de su pueblo.

La intervención sajona en Puerto Rico—sangre de nuestra sangre—, es la vergüenza del pueblo americano, y las Américas no podrán sentirse libres cuando uno de sus brazos está bárbaramente maniatado.

Usted señor colombiano, que con tanta insistencia pide justicia para la gran democracia norteamericana, Ud., que en honor a la verdad pide la paz para el tejado de ese mencionado pueblo, ¿por qué en amor a la raza a que pertenece no pide la libertad del pueblo Puertorriqueño que está siendo vilmente machucado por la bota férrea anglosajona?

¿Creé, acaso, porque Salomón de la Selva no protestó ante los honorables estadounidenses por la intervención en Nicaragua, o porque un intelectual costarricense le aseguró que aquí todos eramos intervencionistas, que no hay en verdad quién proteste cuando fuerzas armadas norteamericanas invadan el suelo nuestro?

Esta gran casa nicaragüense ya abrió sus ventanas para que por ellas penetre un nuevo sol.

Luchemos por la libertad de Puerto Rico, luchemos porque el Departamento de Estado retire de aquellas tierras a los agentes del imperio bárbaro; que deje a los ciudadanos de aquel suelo, la solución de sus mismos problemas.

La invasión de Puerto Rico, es la vergüenza americana.

Poemas

= *Envío del autor.* El Havre, noviembre de 1936 =

DANZA DE NIÑAS EN TRIANA

Ritmo hecho flor. Portátil
arquitectura. Gloria
descendida y tangible.
Deporte de querubes.

Todo estrofa y canción.
El mundo se hace ingrávido...
Vendavales alternan
de plumas y de rosas.

Arriba, desprendidos,
cascabelean luceros...
(Niñas de plata y oro
bailan sobre la yerba).

ROMANCILLO DEL ASALTO DEL PORTAL

Bien sé que tembláis,
ramas del manzano...
Si os toqué violento
no quise asustaros...

(Hojas removidas
amarillearon,
desgajé un lucero:
púsose encarnado).

Escalas me echaste,
subí por tu daño.
Tú me perdonabas,
pues me quieres tanto;
vertían tus pechos
su licor más alto,
y un cantar de cuna
manaba en tus ramos.

ROMANCILLO DE LOS PEQUEÑOS BOXEADORES

¡Bravo, zorros jóvenes,
disputaos la presa,
sobre el ring sonoro,
y mi voz-trompeta
os inyecte de ánimos...!

Arboles en fiesta,
sus frutos, aún verdes,
en hojas-bandejas
os brindan. No punzan
panales que abejas
heroicas labraron.

Angeles de cera
el pecho os inscriben
en la misma estrella.

¡Bravo, zorros jóvenes,
disputaos la presa!
Para coronaros
se inclina la adelfa,
y las musas cortan
mirto y yerbabuena.

ACCION

En las manos de un niño
los cometas refugian
la gloria de sus rabos...

No en vano les persigue,
desde sus corredores,
la luna, colegiala
ya docta en travesuras,
ni los lápices-vientos
les pintan trayectorias.

De memoria recitan
lecciones de aguilucho
bocas que balbucean...

Con espadas de caña
y escopetas de palo
las legiones combaten...

Bajo antorchas, desangran
ocios decapitados.

R. Olivares Figueroa

El elefante

= Selección de *María Rosa Lida*. Envío de *P. H. U.*, Buenos Aires, República Argentina =



Madera de Laporte

El elefant es bestia de muy grand valentía,
sobre él arman engennos de grand carpentería,
castillos en que puede ir gran caballería,
al menos xxx caballeros, demás non mentiría.

Siempre an sin grado derechos a estar,
las piernas an dobradas, no las pueden iuntar,
por nenguna manera no se pueden echar.
si cae por ventura, no se puede alzar.

Quando quier folgar que es muy cansado,
busca un gran árbol muy fortalado
pon hy su cerviz e duerme segurado,
todos de su natura traen esto vezado.

Si ventarlo puede el omne cazador,
corta con una sierra el árbol alredor,
dexa un poquiello el omne sabedor....

Luego la bestia loca viene a su vezado,
firmase en el árbol, es luego trastornado,
levantar no se puede, luego es degollado,
fazen de los sus huesos el marfil preciado.

El Libro de Alexandre, 1814-1818.

Sé también que, después del elefante, el perro tiene el primer lugar, de parecer que tiene entendimiento, luego el caballo y el último la jimia.

Cervantes, *El coloquio de los perros.*

Dimmi, qual fera é sí di mente umana,
che s'inginocchia al raggio de la luna,
e per purgarsi scende a la fontana?

Sannazaro, *L'Arcadia*, IX.

Hay quienes dicen que en los montes de Mauritania, junto a cierto río de nombre Amilo, bajan manadas de elefantes cuando comienza a brillar la luna nueva, y en solemne purificación se rocían con agua. Luego de haber saludado así al astro, vuelven a los bosques, llevando delante a los cachorros fatigados.

Plinio, *Historia natural*, VIII, 1.

Arrancados los elefantes de su lugar natal, aunque se amansan con ataduras y hambre primero, y luego con variedad de alimentos, con todo, no se les borra jamás el halago de la tierra que los ha criado. Y así los más mueren de pena, y algunos llorando continua e inmoderadamente pierden la vista.

Eliano, *Naturaleza de los animales*, X,17.

Cosa es de gran admiración lo que escribe Solino del elefante (capítulo 38), el cual, viéndose muy apretado de los cazadores, quiebra los colmillos y déjalos en tierra para que, dándoles el marfil que ellos buscan, le dejen con la vida, redimiendo su vejación con una parte de su cuerpo para conservar el todo... Tampoco será increíble lo que diré de la pelea que tienen entre sí el elefante y el unicornio sobre los pastos. Porque el unicornio, que tiene sobre la nariz un cuerno tan duro como hierro, habiendo de entrar en el desafío con el elefante, que es mucho mayor que él, confiado en sus armas se apercibe para la pelea, aguzando aquel cuerno en una piedra para herir mejor con él. Y entrando en campo, como es más pequeño que su contrario, métesele debajo de la barriga y con una estocada que le da con este cuerno lo mata. Mas si por ventura yerra el golpe el elefante, que es de mayores fuerzas, lo hace pedazos. Y con todo eso, el elefante, por la ventaja que reconoce en las armas del enemigo, le teme grandemente. Sabida es y muy notoria en el reino de Portugal la pelea que hubo entre estos dos animales, en tiempo del Serenísimo Rey Don Manuel. En la cual tuvo tan gran miedo el elefante a esta bestia, que determinó de valerse de sus pies huyendo. Y no viendo camino abierto para esto sino una gran ventana, que tenía una reja de hierro, dió en ella, con tan gran ímpetu, que la derribó, y por ella escapó. Esta es la verdad desta historia, y engáñanse los que la escribieron de otra manera.

Fray Luis de Granada, *Introducción del Símbolo de la Fe*, Parte I, Cap. XVI, párrafo 1.

Una vez ví un cuadro extraordinario: un hombre había metido la cabeza en las fauces de un elefante y éste las mantenía abiertas y echaba el aliento sobre él. Decía el hombre que había pagado al animal para eso, porque el aliento del elefante sólo cede a los aromas de la India y es santo remedio para el dolor de cabeza. Por cierto que el elefante conoce su virtud curativa y no abre la boca gratis: como un médico bribón, exige primero sus honorarios. Si se los dan, obedece y hace la merced que se le pide; abre las quijadas y se está así todo el tiempo que el hombre quiere, porque sabe que le ha alquilado el aliento.

Aquíles Tacio, *Trabajos de Clitofonte y Leucipe*, IV, 4.

La cultura española

Dice el cable que el gobierno de Madrid ordenó la salida de un grupo de sabios y escritores del recinto de la ciudad. Y agrega: "tres camiones blindados llevaban los aparatos, manuscritos, y cuadernos de notas de gran valor científico". Así, en medio de la locura guerrera, en que el heroismo adquiere caracteres mitológicos, y en que las muchedumbres frenéticas olvidaron ya su fondo de oscura humanidad, el gobierno español se preocupa por salvar a los representantes de la inteligencia nacional, y por rescatar para el futuro la labor de muchos años.

En el círculo de hierro y fuego estos sabios, que consagraron su vida a la búsqueda azarosa de la verdad, y se desligaron del tumulto diario, no acertarán a comprender ese huracán de multitudes enloquecidas en la lucha feroz. Para ellos también el reino no es de este mundo. Es la tragedia del intelectual, del hombre de ideas, que desdeña inclinarse para escuchar el pulso impetuoso de su pueblo.

Pero, también sobre ellos, vela la democracia vigilante. Hay que salvar a esos hombres por lo que en ellos haya de reservas para el progreso de una humanidad futura. Hay que protegerlos de las bombas piratas, de los obuses detonantes, de la cinta trágica de las ametralladoras. Más allá del incendio, España quiere la continuidad de su cultura. Una cultura desconocida en muchos sectores, pero de tan alto valor en el panorama universal. Ahí está el pueblo para la lucha, la turba instintiva y heroica, para proteger a pecho desnudo la retirada de la inteligencia. Muralla en carne viva mientras huye el camión blindado con su carga de ensayos y memorias. Porque entre esas cuatro planchas de acero está algo que vale más que la locura del siglo. Y hasta más —perdón ilustres comendadores del trópico— que los propios generales Franco y Mola: la cultura española.

(*El Tiempo*. Bogotá)

Llega a ser el que eres

Ahora bien, *yo he visto que hoy el problema más sustantivo de la existencia argentina es su reforma moral*. Me irrita este vocablo *moral*. Me irrita porque en su uso y abuso tradicionales se entiende por moral no sé bien qué añadido de ornamento puesto a la vida y ser de un hombre o de un pueblo. Por eso yo prefiero que el lector lo entienda por lo que significa no en la contraposición *moral-inmoral*, sino en el sentido que adquiere cuando de alguien se dice que está *desmoralizado*. Entonces se advierte que la moral no es una *performance* suplementaria y lujosa que el hombre añade a su ser para obtener un premio, sino que es el ser mismo del hombre cuando está en su propio juicio y vital eficiencia. Un hombre desmoralizado es simplemente un hombre que no está en la posesión de sí mismo, que está fuera de su radical autenticidad y por ello no vive su vida y por ello no crea, ni fecunda, ni hincha su destino. Para mí la moral no es lo que el hombre *debe ser* pero por lo visto puede prescindir de ser, sino que es simplemente el ser inexorable de cada hombre, de cada pueblo. Por eso, desde siempre y una vez más en mis conferencias últimas de Buenos Aires, cuando anunciaba yo un posible curso de Etica—que ya no sé bien si haré—proclamaba como imperativo fundamental de la mía el grito del viejo Píndaro: *guenoio sos eisi*—llega a ser el que eres.

(De *José Ortega y Gasset*. En *La Nación* de Buenos Aires.)

EDITOR: J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
EN COSTA RICA: Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR: EL SEMESTRE. $ 3.50
EL AÑO. $ 6.00 O. AM.
GIRO BANCARIO SOBRE NUEVA YORK

Asesinato es asesinato

= Traducción y envío de *Pío Bolaños.* San José de Costa Rica, 5-1-37 =

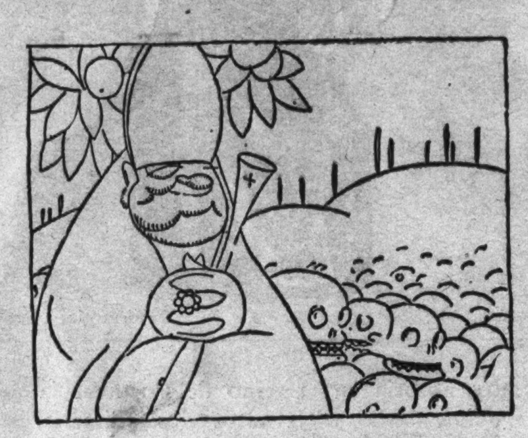
...*Esta carta, si bien dirigida a la revista* América, *fué publicada en* The Nation *de Nueva York (de donde la tomamos), el 28 de Noviembre de 1936.*
Su autor es corresponsal del New York Times.

Al Editor de *América:*

Estas notas me la sugiere el hecho de haber leído algunos ejemplares de *América,* publicados hace tres meses. Siendo muchacho católico se me enseñó el precepto: *No matarás.* Más tarde, y leyendo con frecuencia la historia, me encontré, asombrado, que la Iglesia no ha vacilado en unirse a aquellos que se enganchan en carnicerías humanas y que se aprovechan de sus victorias. Esto me ha inspirado la idea de preguntarme si la Cristiandad, representada por la Iglesia —mi Iglesia— no tiene dos normas en lo que se refiere al quinto mandamiento, si matar no es asesinato cuando se lleva a cabo por los defensores de la santa causa.

¿O es que cuando los hijos de Dios, porque, de acuerdo con las enseñanzas de Cristo, entiendo que la humanidad toda es —se colocan más allá de la cofradía eclesiástica, clasificados como heréticos, infieles, fuerzas malignas, o como ustedes lo han hecho tan gentilmente tratando el caso de España, llamándolos "ratas de cloaca", no entran ya en la esfera de los mandamientos del Señor y se convierte en una cosa pía pasarlos a cuchillo?

Esta tierra española está tinta en sangre.



Reflexión del obispo

Por *Bagaria*

= Cuando dijo: *No matarás,* no debía de estar en su sano juicio =

No necesito expresar por medio de estas columnas el horror que siento por los crímenes cometidos por aquellos a quienes ustedes llaman "ratas de cloaca", desde que también lo han hecho ustedes mismos con toda amplitud; y verdaderamente creo una exageración lo que refieren ustedes de la crucifixión de monjas y del asesinato de las mismas delante de los altares. Tengo la mente muy clara y alerta, pero necesito pruebas de ello; de lo que yo he visto no conceptúo esto hecho probable. La situación es bastante sangrienta sin adornarla con hechos todavía más crueles.

¿Pero qué decir de quienes, rebeldes o insurgentes, o defensores de la fé, o cómo quieran llamarse, que a sangre fría han asesinado también a miles de seres humanos y aún puedo agregar con felonía? ¿De aquellos que sistemáticamente han asesinado republicanos y militares leales doquiera los hallan; que los han encerrado en una plaza de toros en cantidades que pasan de miles y los han segado con ametralladoras; que los han ejecutado en las plazas públicas acompañados de músicas; que han establecido en algunos lugares carnicerías adonde a los hombres se les mata como a bestias? ¿El mandamiento de *no matarás* no se aplica en estos casos?

Asesinato de un lado y asesinato del otro: he aquí el cuadro. ¿Quién es el más culpable? No es el momento para la Iglesia de gritar, de perseguir, ni de levantar una voz arrogante, voz para condenar. Le digo a usted: sus manos no están limpias en estos asuntos de España. Y ella misma se encuentra frente al tribunal de Dios.

Lawrence A. Fernsworht

Salamanca, septiembre, 1936.

P. S.—A ustedes se les ha informado mal cuando se les asegura que a las monjas no se les tolera dentro de los dominios gubernamentales. Acabo de regresar de Madrid y en la calle Zurbarán, donde permanecí por varios días, tuve oportunidad de ver un gran asilo de huérfanos de las Hermanitas de los Pobres, que ahora, vestidas de paisanas, desempeñaban como siempre, sus funciones humanitarias.

Trotsky en...

(*Viene de la página* 2)

es batallador, de todos los rumbos mexicanos le llegará el aliento. No puede dejar de sentir el transformador aliento salido de la fecunda extraña mexicana. Nuestra imaginación lo hace moverse en planos que le dan nueva fisonomía. La agresividad en que terminó el asilo que le diera Noruega dulcificó la expresión de su rostro. El asilo mexicano influirá poderosamente en el alma de este luchador formidable y quién sabe si sus ideas no reciban el toque del ambiente que está creando para América la nueva era. México es la era nueva. No ha temblado cuando Trotsky, que ayudó a crear una nación, ha querido asilarse buscando el sosiego propicio al escritor. Sabe que el camino está muy andado y que las avanzadas en el dominio social que Rusia logró dar auxiliada por Trotsky también las dió México mucho antes, sin iguales catástrofes por ser su ambiente nuevo y propicio a las transformaciones. Decimos por eso que Trotsky llega a México no a cambiarlo sino a verlo en su marcha emprendida hace años.

Pero llega a América, al cerebro de América, uno de los grandes hombres de estos tiempos. Para bien de las generaciones nuevas. México lo hará revelar el secreto de sus energías para mantenerse fiel a los principios y a las ideas. Estos pueblos mirarán hacia México que ha dado asilo a León Trotsky y empezarán a sentir que es necesario tener ideas como México y ser fiel a ellas, porque la era futura ha nacido en México.

Métodos...

(*Viene de la página* 8)

estén plantando álamos, tilos, moreras, cáñamo de la India o lino, mientras los muchachos aburridos pensarán en lo íntimo de su ser:

—Si nos enseñaran a sembrar arroz, tabaco y lo que hemos de cultivar en nuestras casas, sería mucho mejor.

Pero en los exámenes anuales hay que mostrarles a los inspectores escolares y a las autoridades cosas que les recuerden lejanas tierras. Calabazas del Monte Líbano, pastos de Escocia, ganado sueco y caballos de Pomerania, mientras a los toros criollos no se les da de comer, a los caballos que tienen un pasado de trescientos años, ni se les cuida ni se les da otro forraje que el de los peladeros, y a las semillas de la tierra se les quiere pedir que sean tan buenas como las que se cultivan en los huertos experimentales.

Y esto no es nacionalismo, sino puro sentido práctico. Porque en las escuelas de Europa lo hacen también.

Berlín, octubre de 1936.

Habla Heinrich Mann

El gran escritor germánico Heinrich Mann ha publicado en el *Newe Wetbuchne* un artículo titulado *La revolución,* al que pertenecen los siguientes párrafos:

Primeramente, España es la barrera para Francia. Después de una derrota de España, seguiría un ataque militar a Francia por parte de los hitleristas. Ahora mismo, en España la revolución está desarrollando sus fuerzas más atrevidas y está reanimándose en Francia. En Alemania acabó la revolución con los mártires, y sus luchadores, sacrificados.

Los españoles se encuentran en la fase más conmovedora. Es la fase más terrible. Los españoles son héroes para todo el mundo; los alemanes han de serlo secretamente.

(*El Sol.* Madrid)